4589

Felipe el prudente

10

HISTORIA

CA Y DIPLOMATICA

esde la independencia
ados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse á la venta,
mplio y fiel extracto los principales
mina con imparcialidad la historia
ala sus defectos y expone con minu-
es lo referente á las relaciones exte-
aña, siendo, por tanto, de gran inte-
ocer de un modo exacto el aspecto
le la cuestión cubana.
n 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

LOS REINOS DE LAS INDIAS

ndadas imprimir y publicar

POR

TAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

ción, corregida y aprobada por la
s del Tribunal Supremo de Justicia,
ción de la Regencia provisional del

os en folio, 50 pesetas.

FILOS ESPAÑOLES

ompleta de todos los tomos publi-
sociedad, de que se hallan la ma-
tados.
ados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALAC

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguid
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 pes

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publica
hasta el día, y adicionado con un considera
número de voces que no se encuentran en n
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas

EL PRACTICÓ

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte p
el mejor aprovechamiento de las sobras, las
glas para el servicio de una mesa y el modo
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 g
bados, y aumentada con 60 minutas de almu
zos y comidas para todos gustos y condicione
algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio

FELIPE EL PRUDENTE.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

ORIGINAL DE

DON PEDRO CALVO ASENSIO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 1.º de abril de 1853.

N.º 211.

MADRID.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.

1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/felipeelprudente00calv

AL SR. D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,

en testimonio de leal amistad,

PEDRO CALVO ASENSIO.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL DE VALOIS . . .	Doña Josefa Palma.
UNA CAMARISTA.	Doña Carmen Espejo.
EL REY FELIPE II	Don Julian Romea.
VELASQUILLO, *enano contrahecho y bufon del Rey.*	Don Antonio Pizarroso.
EL PRINCIPE D. CARLOS.	Don Antonio Lozano.
EL CONDE DE LERMA . .	Don Francisco Oltra.
EL CARDENAL ESPINOSA	Don Pedro Lopez.
RUY-GOMEZ DE SILVA. .	Don José Pló.
EL DUQUE DE ALBA. . .	Don Lázaro Perez.
OLIVARES, *médico del Rey*	Don Fernando Navarro.
EL MARQUES DE MONTIGNY	Don Patricio Sobrado.
UN UGIER.	Don Fernando Guerra.

Emisarios flamencos —Guardias.—Acompañamiento etc.

La accion pasa en Madrid, y empieza el año de 1559.

ACTO PRIMERO.

Salon en palacio: dos puertas laterales á la derecha: otras dos á la izquierda; una en medio con rompimiento, y al fondo se vé la puerta de la capilla de palacio. La derecha del primer término, conduce á la cámara del Rey, la de frente á esta, á la del Infante, y el rompimiento á otras piezas interiores de palacio y á la calle. Mesa con recado de escribir: dos sillones grandes de la época, y de pobre aspecto.

ESCENA PRIMERA.

RUY-GOMEZ.—EL CARDENAL ESPINOSA.—*El primero sale de la cámara del Rey, y el segundo entra por el fondo, hallándose los dos en medio de la escena.*

CARDEN. Qué hay de nuevo?
RUY-G. Sigue mal.
CARDEN. Y pudiera suceder?...
RUY-G. Todo se debe temer
de su estado, Cardenal.
CARDEN. Entonces mal se prepara
la suerte para el privado:
se acabó vuestro reinado.
RUY-G. Se aleja vuestra tiara.
CARDEN. Merece pensarse.
RUY-G. Sí.

CARDEN. El Príncipe os guarda encono.
RUY-G. Si don Cárlos sube al trono,
tristes de vos y de mí.
CARDEN. Pero el Rey...
RUY-G. Solo pesares
nos promete su dolencia:
se ha ido á buscar con urgencia
al gran doctor Olivares.
Aunque de dolores lleno,
sufre, y no exhala un gemido;
su cuerpo está decaido,
pero su rostro, sereno.
Es cosa tan asombrosa,
que estoy de ver admirado
en cuerpo tan delicado
voluntad tan poderosa.
CARDEN. ¿Y el Príncipe?
RUY-G. En cruel batalla
padece, gime, suspira,
se ensoberbece, delira,
y se desenfrena, ó calla.
Tal vez un secreto grave
está ocupando su mente.
CARDEN. Secreto que solamente
el conde de Lerma sabe.
Su situacion esplotemos
aunque se aventure todo.
RUY-G. ¿De qué modo?
CARDEN. ¿De qué modo?
Trabajando.
RUY-G. Trabajemos.
CARDEN. *(Con misterio.)*
Divúlguese cautamente
que es afecto á la herejía,
que en él crecen cada dia
los síntomas de demente;
y todo ese oculto fuego
entre el populacho cunda;
que con calor se difunda
esta especie.
RUY-G. Se hará luego.
Despues la revuelta grey
en su arrebato insolente.

querra un nombre: el Pretendiente.

CARDEN. Don Juan de Austria será el rey.

RUY-G. Y si lograr no podemos...

CARDEN. Silva, para los apuros
hay remedios mas seguros,
y entonces los usaremos.
Conque el tiempo no perdamos.
Escribidle.

RUY-G. Hacedlo vos.

CARDEN. Bastais solo.

RUY-G. No: los dos.

CARDEN. Escribamos.

RUY-G. Escribamos.

(Se retiran los dos por la segunda puerta lateral de la izquierda.)

ESCENA II.

EL DOCTOR OLIVARES.—VELASQUILLO, *entran por el fondo. —Velasquillo señala al Cardenal y Silva, y dice con tono irónico al médico:*

¡Mira á la elevada grey!
¡Dos santos! Van afligidos,
y tristes y condolidos
por la enfermedad del Rey.
(Se adelanta, y mirando á la cámara del Príncipe, prosigue.)
Hé allí otro cuadro.

DOCTOR. ¡Su Alteza!
Está triste.

VELASQ. *(Con mofa.)*
Cosa estraña!
Se vá á enlutar toda España
al ver tan fatal tristeza.

DOCTOR. Mal le quieres.

VELASQ. ¡Boberías!
Él sí que me quiere mal.

DOCTOR. Y tú le pagas...

VELASQ. Tal cual.

DOCTOR. Cosas tuyas!

VELASQ. (*Sonriendo maliciosamente.*)
Cosas mias!
DOCTOR. Y por qué ese ódio?
VELASQ. Una vez
estaba el pobre bufon
mirando desde un balcon
del palacio de Aranjuez,
el rio: yo hablé á Su Alteza;
tanto el chiste le distrajo
que de cabeza en el Tajo
me zambulló.
DOCTOR. Ligereza
que él sintió.
VELASQ. Mucho á fé mia:
cuando aturdido, demente,
luchaba con la corriente,
por salvarme, se reia:
y cuando un buen pescador
me sacó al fin moribundo,
dijo gravemente, el mundo
no agradecerá el favor
que le has hecho de esa suerte:
de entonces, de tal manera
le ódio, que mi vida entera
diera por lograr su muerte.
Oh! no te estrañe.
DOCTOR. Te escucho
asombrado.
VELASQ. Si te aflijo,
sábete que si ódio al hijo,
al padre... le quiero mucho.
DOCTOR. Mal corazon!
VELASQ. Sí?—Convengo:
pero has de saber, Doctor,
que esa es la prenda mejor
que en todo mi cuerpo tengo.
Lo demas, punto por punto
manifiesta mi hermosura:
observa bien mi figura
verás qué bello conjunto.
Tiene visto de perfil
este cuerpo estraordinario,
un poco del dromedario

y otro poco del mandril.

DOCTOR. Siempre tu malignidad
en primer línea campea.

VELASQ. Qué figura haré tan fea
riéndome... no es verdad?
(Se rie.)

DOCTOR. Adios, Velasquillo, adios;
que el Rey mi ciencia reclama.

VELASQ. Pobre amo mio! Tu fama
no le curará la tos.

DOCTOR. Por qué?

VELASQ. Cuando en su presencia
estás, y te observo un poco,
tienes, ó yo me equivoco,
mas adulacion que ciencia.

DOCTOR. Alma vil!

VELASQ. Mal disimulas!

DOCTOR. Yo?... Te desprecio!
(Se dirige á la camara del Rey.)

VELASQ. *(Cojiéndole de un brazo.)*
No digo?

DOCTOR. *(Con indignacion.)*
Qué es lo que haces?

VELASQ. Ir contigo
para ver cómo le adulas.
(Queda la escena sola un instante.)

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE DON CÁRLOS, *desde dentro.*

(Con imperio.)
Que nadie en este momento
penetre aquí... qué osadía!
me basta la compañía
que me hace mi pensamiento.
(Saliendo á la escena como abstraido.)
Cuando con mayor placer
se recrean mis sentidos,
vasallos inadvertidos
me vienen á distraer.

(Pausa.)
Yo no la he visto jamás:
digo mal: la estaba viendo,
dulce, afable, sonriendo
con mi cariño quizás.
Blanca de tez, tersa frente,
blanda mirada en sus ojos,
purísimos lábios rojos,
magestuoso continente.
Flotaba su cabellera
de su albo cuello en redor.
como la sencilla flor
se columpia en la pradera.
En sus manos sostenia
una carta; y la leyó...
y al corazon la llevó...
y aquella carta era mia...
Mia, no fué desvarío;
y en dulcísimo arrebato
le ví besar un retrato,
y aquel retrato era el mio.
Si mi ardiente corazon
en busca del suyo vá,
claro es que le acojerá...
Ilusion!... simpre ilusion!
Ni en ella mi amor penetra,
ni afable mi amor recibe;
si no, por qué no me escribe
dos renglones, una letra?...

ESCENA IV.

El Príncipe.—El Doctor.

Doctor. (*Contemplándole.*)
Pensativo está!
Princ. (*Volviendo de su abstraccion.*)
Doctor!
Cómo está el Rey?
Doctor. Continúa
mal.

PRINC. Y estando en peligro
la vida preciosa, augusta,
de mi padre, abandonais
su lecho?
DOCTOR. Sí: á instancia suya.
PRINC. Estará débil.
DOCTOR. Su espíritu
es indomable: qué lucha
por superar los dolores
que le aquejan! Insegura
la ciencia, ante él retrocede,
y da lugar á una duda
espantosa, al contemplar
su lívida faz: ninguna
señal indica en su aspecto
la mejora prematura
de su salud, y ahora mismo
su postracion disimula,
burlando la fiebre intensa
que le aniquila y le abruma,
y en los negocios de Estado
su mente fijar procura.
PRINC. Cual hombre, el cuerpo domina;
cual Rey, reprime y subyuga
las voluntades agenas
al imperio de la suya:
pero volved á su lecho,
no asi abandoneis su cura.
DOCTOR. Dispénseme Vuestra Alteza;
mas forzoso es que se cumpla
su indicacion; de otro modo
fuera causarle segura
molestia, pues sus mandatos
no ofrecen réplica nunca.
PRINC. Si su salud se interesa...
DOCTOR. Ante una palabra suya
no hay dique, valla ni obstáculo;
me despidió hasta la una
si no ocurre otro accidente:
permitidme no discurra
en pró ni en contra; obedezcó.
(Se retira.)
PRINC. Triste obediencia es la tuya.

ESCENA V.

EL PRÍNCIPE.

Que le obedece me dijo!
Sin embargo su obediencia
priva al padre, de la ciencia;
y aumenta el dolor del hijo.
Si para su arcerbo mal
le falta un sabio famoso,
aquí hay un lábio amoroso,
aquí un suspiro filial.
Tal vez mitigue el rigor
de su implacable dolencia
mi cariñosa presencia:
voy al lecho del dolor.
(Al ir á pisar el dintel de la habitacion del Rey, se presenta un ujier y le dice.)

UGIER. No puede pasar Su Alteza.
PRINC. Cómo no?
UGIER. Ignoro el por qué,
pero hay orden...
PRINC. Pasaré
por cima de tu cabeza.
UGIER. Sabré morir aqui fijo,
cumpliendo la órden del Rey.
PRINC. Es decir que hay una ley
que aparta al padre del hijo?
(Volviendo á la escena. El ujier se retira.)
Tiene razon: es verdad:
qué hay en esto que me asombre?
Príncipe soy en el nombre,
esclavo en la realidad.
Todos de mí se recatan
y se retraen, y admiran,
ni cara á cara me miran,
ni cual Príncipe me acatan.
Y al rey Felipe Segundo,
padre que su amor me veda,

le estraña que ser yo pueda
áspero, agreste, iracundo?
Cuanto mi índole han viciado!
Con tanta y tanta amargura,
mi sumision, mi ternura,
del pecho me han arrancado.
Oh! de tan funesto mal
mi alma á mi padre disculpa,
solo autores de esta culpa
son Silva y el Cardenal.
Ellos solos... ellos dos
son la causa de mis males.
(*Aparecen en la puerta por donde se retiraron.*)
Aquí están... ¡sombras fatales!

ESCENA VI.

El Príncipe.—El Cardenal Espinosa.—Ruy-Gomez.

Carden. Que os guarde, Príncipe, Dios.
Princ. Por vuestra sinceridad
os dé el premio merecido.
Ruy-G. Su Alteza está resentido?
Princ. Es eso curiosidad?
Carden. Nos contestais...
Princ. Con arrojo;
que cuando sufro un agravio,
no espresa placer mi labio
porque hay en mi pecho enojo.
Carden. Y vuestro enojo pospone
nuestra amistad...
Princ. Os espanta?
Guardad amistad... tan santa,
para aquel que la ambicione.
Ruy-G. El Rey la acepta propicio.
Princ. La amistad que os ha otorgado,
es la del amo al criado.
Carden. De servidores...
Princ. De oficio.
Ruy-G. Nos trata Su Alteza mal.

PRINC. Mejor recibidos fuéseis,
si no me desposeyéseis
del cariño paternal.
CARDEN. En vuestro espíritu altivo
las tempestades arrecian,
y á los que mas os aprecian
calumniais.
PRINC. Y sin motivo!
Cardenal, me iré despacio,
pues he olvidado sin duda
que toda verdad desnuda
calumnia ha sido en palacio.
CARDEN. Lloro con dolor estremo,
que con pertinaz locura,
camineis á la ventura
como una nave sin remo.
PRINC. La via no es muy angosta
si en la mar la nave está.
CARDEN. Nave que sin remo vá,
llega á estrellarse en la costa.
PRINC. Y pensais que ese imponente
trance mi fiereza ablande?
Jamás: no veis que es muy grande
el arrostrarlo de frente?
CARDEN. Marchais sin rumbo ni tino
buscando el mal.
PRINC. Voy contento.
CARDEN. ¡Ay Príncipe! Mucho siento
veros en tal mal camino.
La senda está tan pendiente,
que á pocos pasos que deis,
ni un amigo encontrareis,
ni acaso un indiferente.
PRINC. Amistad! Dónde la ví?
Al que con hipocresia
quiera finjírmela un dia,
lo rechazaré de mí.
CARDEN. Ya nos habeis rechazado,
causándonos gran tristeza...
vamos, Silva, que Su Alteza
se encuentra muy agitado.
RUY-G. Entremos á ver al Rey.
PRINC. No recibe en este instante.

CARDEN. Su Alteza está delirante;
no nos alcanza esa ley.
(Saludan al Príncipe, y entran los dos en la cámara del rey, sin impedimento.)

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE.

Qué es esto? franca la entrada
está para ellos... lo he visto...
en tanto que... ¡Vive Cristo!
está para mí cerrada!
Para mí, que hace un momento,
con profundo amor filial,
iba al lecho paternal...
Si este desaire sangriento
indica que mi presencia
molesta á mi padre... ¡Ah!!
qué sentimientos hay ya
que hagan dulce mi existencia?

ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE.—EL CONDE DE LERMA, *por el fondo.*

LERMA. La amistad y el amor.
PRINC. Lerma!... Qué has dicho?
Amistad! dónde está? Quién me la ofrece?
A quiénes puedo yo llamar amigos?
todos me odian aquí, todos me miran
con piedad insultante, ó con desvío.
LERMA. Sois injusto, señor, con quien os ama,
como á un príncipe no, sí como á un hijo.
PRINC. Lerma, perdóname: dáme tus brazos...
(Se abrazan.)

Único amor que corresponde al mio!

LERMA. Otro existe lejano de este suelo,
mas ardiente... mas vírgen... mas altivo...

PRINC. No ofusques mi razon con esperanzas
que hará al fin ilusorias mi destino.
(Pausa.)
Sabes que en mi niñez me despertaron
del mas sublime amor el dulce instinto;
que el grande emperador, mi noble abuelo,
señaló para esposos á dos niños;
que mi padre gustoso y obediente
los preceptos siguió del rey invicto,
y firmando en Cambresis un tratado
con el francés monarca, convenido
y aplazado dejó mi casamiento
con la princesa del francés dominio.—
Niña entonces... los años han pasado
y la fama pregona sus hechizos:
princesa poderosa por su cuna,
mas respeto, grandeza y poderío
la conquistó su célica belleza,
que el cetro de los Césares altivos.
El aplauso que el mundo la rendia
resonaba constante en mis oidos;
y sin verla jamás, sin conocerla,
desde que supo el corazon del niño
alentar y sentir, latió vehemente
con la ambicion de hacerse de ella digno.

LERMA. Y digno de ella es ya.

PRINC. Te has olvidado
que la paz convenida en los dominios
español y francés, se encuentra rota?
Que otra vez son sus reyes enemigos?
Te has olvidado ya que en mi osadía,
obedeciendo á mi amoroso instinto,
teniendo en nada los deberes santos
de español, y de príncipe y de hijo,
con cautelosa y subversiva idea
le declaré mi amor? Que á aquel escrito
el retrato de un hombre acompañaba?
Que era mia la imágen?

LERMA. No lo olvido.

PRINC. Pues bien, me ha despreciado: ni una letra

para alentar mi amor, Lerma, recibo.

LERMA. No son las ocasiones tan propicias
en los reales palacios: el sigilo,
el misterio que amor tanto engrandece,
preciso era guardar.

PRINC. No era preciso:
ella no me ama, Conde.

LERMA. Ella os adora.

PRINC. Qué dices?

LERMA. Que os consagra su cariño,
que ella os ama, señor!...

PRINC. Mas bajo, Conde...
Y... esa nueva feliz, quién la ha traido?

LERMA. El portador que de llegar acaba
con pliegos para el Rey.

PRINC. Y el Rey le ha visto?

LERMA. Poco ha le recibió.

PRINC. Pero el secreto...

LERMA. No le revelará: vivid tranquilo.

PRINC. Oh! Cuán dichoso soy con esa nueva!
Mas... si fuera ilusion...

LERMA. *(Dándole un retrato que trae en una cajita.)*
Juzgad vos mismo.

PRINC. *(Mirando el retrato con entusiasmo.)*
Es su imágen hermosa... la conozco,
la misma imágen que soñando he visto.
Aquí está la flotante cabellera
que se desliza en ondulantes rizos,
aquí la frente tersa y pudorosa
y su dulce mirar, y el peregrino
rosiclér que matiza sus mejillas,
su garganta de vírgen... yo deliro!

LERMA. Tocais la realidad!

PRINC. Ah! Cuántas veces
en mis sueños quiméricos, ficticios,
adivinó mi amor este semblante
que aquí, en mi corazon está esculpido!

LERMA. Aun falta mas, señor.

PRINC. No te comprendo!

LERMA. *(Presentándola.)*
Esta carta...

PRINC. *(Cogiéndola.)*
Gran Dios! Qué es lo que miro!

Ella acoje propicia mis ofertas?
(Despues de abrir el billete.)
En blanco está el papel!... Yo no adivino...

LERMA. De Catalina Médicis es hija
la princesa Isabel: habrá aprendido
del arte de la alquimia los secretos
que son de su familia conocidos.

PRINC. Y cómo penetrar...

LERMA. Llevadlo al fuego,
y en el instante lo vereis escrito.

PRINC. Oh! precaucion feliz!

LERMA. Como de amante.

PRINC. Con que al fuego...

LERMA. *(Queriendo cojer el papel.)*
Vereis...

PRINC. *(Con exaltacion.)*
No... no... yo mismo:
y á falta de otro fuego, lo aplicara
sobre mi corazon...
(Entra en su cámara.)

ESCENA IX.

LERMA.

Amor bendito!
Sé feliz, noble jóven; goza un dia
el sueño tanto tiempo apetecido;
bastantes horas de amargura horrible
matando están tu generoso espíritu.
Solo un instante de tu amante dicha,
es para Lerma de Ventura un siglo.

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE *con la carta.*—LERMA.

PRINC. *(Sale agitado y lleno de gozo.)*
Lerma!

LERMA. Señor!

PRINC. Soy dichoso:
la emocion que me domina
no me deja hablar.

LERMA. El rostro
bien claramente lo indica.

PRINC. Apenas acerqué al fuego
el papel, cuando á mi vista
se reveló claramente
el misterio de la tinta.
Es ella! Lerma... Isabel
de Valois... mira su firma.

LERMA. Lo veo, y rejuvenece
vuestra ventura, mi vida.

PRINC. Escucha, Lerma, y calcula
si es mi fortuna infinita.
(Lee.)
«Me amais y tengo orgullo en corresponderos: con este mútuo cariño sancionamos el deseo de nuestros abuelos. Rendid á mi retrato la adoracion que yo tributo al vuestro. Y sean nuestros corazones el santuario donde sepultemos este amor, que es preciso encubrir por ahora con el velo del mas profundo misterio.—Vuestra eterna amante y amada.—Isabel de Valois.»

LERMA. Guardad, señor, esas prendas,
porque hácia aquí se encaminan
el vengativo Espinosa
y el falso Gomez de Silva.

PRINC. *(Ocultando el retrato y la carta.)*
El demonio los arroja
en este instante á mi vista.

ESCENA XI.

Los mismos.—EL CARDENAL ESPINOSA.—RUY-GOMEZ DE SILVA, *que salen de la cámara del Rey.*

CARDEN. Si estais, señor, mas tranquilo,
si Vuestra Alteza nos mira
con ojos menos severos,
dejad que fausta noticia

ufanos os comuniquen
los que aquí mas os estiman.

RUY-G. Ved, Príncipe, en nuestros rostros
retratada la alegría,
y dejad que los primeros...

PRINC. *(Aparte.)*
Este proceder me admira.

CARDEN. Un emisario francés
el rey Enrique hoy envia
con pliegos muy importantes,
al monarca de Castilla.
En ellos el francés trata
de negocios de familia,
proponiendo que se anuden
tratados rotos que un dia
los dos monarcas firmaron.

PRINC. Y el Rey mi padre, qué opina?

CARDEN. El Rey que solo ambiciona
la ventura mas cumplida
para todos sus vasallos,
á hacer esa union se inclina,
y con bondadoso afecto
honrar al francés se digna,
aceptando á la princesa
por rama de su familia.

PRINC. Con que mi padre y mi rey...

CARDEN. A sus reinos pronostica
futuros bienes, que espera
proporcionará esta liga.

PRINC. Cardenal, este mensaje
tanto me place y anima,
que olvido...

CARDEN. Vuestra bondad
es con estremo infinita.

RUY-G. Para merecerla bien,
haremos que hoy por la villa
entre elocuentes aplausos
se difunda esta noticia.

PRINC. Id con Dios: que el pueblo sepa
cuanto mi alma enternecida,
y enamorada y ardiente
tocar tal ventura ansía.

CARDEN. Solo es nuestro afan que el cielo

tan justo enlace bendiga.

PRINC. Gracias, y adios.
(Los despide afectuosamente.)

RUY-G. *(A Lerma.)*
El de Lerma,
la suerte os es muy propicia.

LERMA. *(A Ruy-Gomez.)*
Ni la busco, ni la quiero.

RUY-G. *(Al Príncipe.)*
Adios, señor.

PRINC. Adios Silva.

ESCENA XII.

EL CONDE DE LERMA.—EL PRÍNCIPE.

PRINC. Díme, Lerma, si es verdad
que habla á la esperanza mia
la voz de mi fantasía,
ó me habla la realidad.

LERMA. Realidad que no comprendo
aunque afanoso la ansío;
porque dudo y desconfio
de lo mismo que estoy viendo.

PRINC. Pues yo no quiero dudar,
porque la duda es la muerte:
y hoy que me brinda la suerte,
quiero sin dudas gozar.
Ya la sombría amargura
no se retrata en mi frente;
Lerma, respiro otro ambiente
de dulcísima frescura.
Calmado ya mi desvelo,
halla mi vista anhelante,
la luz del sol mas brillante,
mas puro el azul del cielo.
Mi porvenir venturoso
me vivifica y recrea;
porque hoy cuanto me rodea
me parece mas hermoso.

LERMA. Fantasmas son del deseo.

PRINC. Lo serán; mas no te asombre

mi pensamiento;
(Viendo aparecer á Velasquillo.)
hasta ese hombre
me parece menos feo.

ESCENA XIII.

Dichos.—VELASQUILLO *con risita sarcástica.*

VELASQ. Justo será que agradezca
tan galante cumplimiento.
PRINC. No te admire: estoy contento.
VELASQ. Mucho dure, y bien parezca.
PRINC. Descreido!
VELASQ. Y algo mas;
como soy estrafalario,
veo siempre lo contrario
de lo que ven los demas.
PRINC. El diablo aqui te abortó!
VELASQ. Y eso á mi afan satisface,
porque somos tiempo hace,
compadres el diablo y yo.
LERMA. Y por eso en tu ejercicio
te empleas en la maldad.
VELASQ. Es la primer cualidad
que necesita el oficio.
PRINC. Tu desenfreno me inspira
mayor rencor hácia tí.
VELASQ. Eso es viejo en vos; asi
ni me aterra ni me admira.
PRINC. Por qué entonces, vive Dios,
te me atreves cara á cara?
VELASQ. Porque es el Rey quien me ampara
y el Rey puede mas que vos.
Bien sabeis que me abandono
ante él y me burlo...
PRINC. Sí!
VELASQ. El Rey escucha de mi
lo que no oye de ninguno;
mis dichos pasan por buenos,
sin que le ofendan jamás;
y el que puede hacer lo mas

también podrá hacer lo menos.

PRINC. A pesar de todo, un dia
dando campo á mi pasion,
te arrojé desde un balcon.

VELASQ. No insistais en tal manía;
que me pone en gran cuidado
ese pensamiento impío,
pues yo sé que es sino mio
el morir así, estrellado.

LERMA. Procura, engendro infernal,
no amargar este momento
en que disfruta contento
Su Alteza...

VELASQ. No intento tal.
Y pues que no me doy traza,
hoy hago mi dejacion:
de hoy mas, sé tú su bufon;
Lerma, te cedo la plaza.

ESCENA XIV.

Dichos.—FELIPE II, *que sale de su cámara.*

REY. *(Aparte. Viéndolos.)*
El conde y Cárlos aquí.
(Alto.)
Velasquillo?... No me escucha.
(El Rey en todo este acto manifiesta en su semblante y en su modo de hablar una debilidad estrema, consecuencia de la grave enfermedad que le consume.)

LERMA. El Rey!

PRINC. *(Arrojándose á sus piés para besarle la mano.)*
Señor, permitidme
que alegre de besos cubra
vuestra mano. Cómo estais?

REY. Como siempre, y como nunca.
El cuerpo padece mucho,
pero el espíritu, triunfa.
Lerma, ¿te han petrificado?
Es grave tu compostura.

LERMA. Señor, la grata sorpresa
de veros en pié, me anuda
en la garganta la voz.
Que el silencio al lábio supla.

REY. No esperabas verme así?
Los médicos siempre auguran
calamidades, y creo
que hoy su opinion es absurda.

PRINC. Quiera Dios que así suceda.

LERMA. Si él nuestros votos escucha...

REY. Nos oyen?

LERMA. Quién osaria
cometer tan grave culpa!

REY. Quién?—Todo aquel que quisiese
atenerse á las resultas.
(Mirando á Lerma con intencion.)
Y en asuntos de familia
no suelen estar bien nunca
los testigos.

LERMA. Vuestras órdenes
espero.

REY. Bien: cuando ocurra,
aceptaré tus servicios.
Cuando te llamen ó acudan
otras personas aquí,
vuelves.

LERMA. Con presteza suma.
Dadme, señor, vuestras plantas.

REY. Vete en paz.
(Váse Lerma.)

PRINC. *(Aparte.)*
Me dá pavura
su mirada.

REY. Estoy muy débil:
acerca el sitial y escucha.
(El Príncipe aproxima el sitial y permanece en pié. El Rey toma asiento.)

ESCENA XV.

El Rey.—El Príncipe.—*El Rey vá gradualmente animándose, segun lo requiere la situacion.*

Princ. Estoy de oiros ansioso,
padre mio.
Rey. Hablarte quiero,
mas que como rey severo,
como padre cariñoso.
Supremo, inmenso favor
me otorgó el cielo al nacer,
haciendo debiese el ser
al invicto emperador,
á quien héroe el mundo aclama
de sus triunfos satisfecho,
pues parece el orbe estrecho
para sustentar su fama.
Si sus prendas no heredé,
porque de ellas estoy lejos,
he heredado sus consejos,
su religion y su fé.
Mi juvenil corazon
tanto á mi padre queria,
que hasta á su sombra rendia
profunda veneracion.
Y en la iglesia... en los torneos,
era mi continuo afan
ver su rostro... su ademán...
y adivinar sus deseos.
Celoso de mi destino,
él me indicaba el sendero.
¿Sabes qué fué lo primero
que me enseñó?
Princ. Lo adivino.
Primero os debió enseñar,
á batallar y á vencer.
Rey. No: primero á obedecer:
luego, me enseñó á mandar.
Un dia, el rey me llamó

á su estancia: solo estaba:
su hermosa faz anunciaba
tristeza, y asi me habló:
«Al bien del reino interesa
«vuelvas á tomar estado,
«y esposa te he destinado.»
—Si la voluntad es esa
de la nacion, y del Rey,
y asi á mi padre acomoda,
disponga al punto la boda,
que es su voluntad mi ley;
le dije, sin preguntar
quién era mi prometida.

PRINC. *(Con alegría y entusiasmo.)*
Ah! comprendo, por mi vida...

REY. Hijo, déjame acabar.
Entonces con fuerza insana
mandaba el amor en mí;
amaba con frenesí
á una dama castellana.
Y dispuesto á obedecer
con pena, mas sin despecho,
maté el amor de mi pecho
ante la voz del deber.
Dejé con dolor mi tierra,
asesiné mi arrogancia,
y me uní con repugnancia
á la reina de Inglaterra.
Con resignada bondad
viví al lado de mi esposa:
ni era amable, ni era hermosa,
y me doblaba la edad.
Allí mi altivez sufrió
un descalabro horroroso:
yo era de la reina esposo,
mas rey de Inglaterra no.
Ni aun comprender puede el mundo
el tormento que sufrí...
y esto me pasaba á mí...
á mí... Felipe segundo.
En aquella situacion,
saqué fuerzas de flaqueza,
y acostumbré á mi cabeza

á mandar al corazon;
y esto ha sido un amuleto
que me ha servido de mucho.

PRINC. Ah! Cuanto mas os escucho,
mas os admiro y respeto:
desde luego adiviné
el misterio que esto tiene:
vais á decir que conviene
que tome estado?—Lo sé!
Mandad... vereis prontamente
que circula aquí, señor,
sangre del emperador
y de Felipe el Prudente.

REY. Al oirte hablar así,
veo que te han calumniado
aquellos que te han tachado
de indócil.

PRINC. Pobre de mí!
Es de tan pequeño precio
mi nombre en la córte hoy,
que no hallo por donde voy
mas que ingratitud, desprecio.
Son tantos mis detractores,
que á veces mi alma agitada...

REY. Pues la calumnia probada,
guay de los calumniadores!
Que para aplicar castigos
á maldades y á falsías,
no conozco gerarquías,
edad, parientes, ni amigos.
(Pausa.)
Tiempo hace que en testimonio
de fé y amistad estraña,
entre la Francia y la España
se proyectó un matrimonio,
como símbolo de union
y de recíproco afecto,
y al fin recibió el proyecto
una esplícita sancion.
Mató la paz la campaña;
y el matrimonial tratado,
quedó en silencio anulado
por la Francia y por la España.

Hoy solicita el francés
nuestra alianza estrechar.

PRINC. Y os propone realizar
el matrimonio?...

REY. Eso es.

PRINC. Y como torcer las fases
de la guerra deseais,
que me case me ordenais?

REY. Te ordeno... que no te cases.

PRINC. *(Aparte.)*
Dios mio! me vuelven loco.

REY. Miras la propuesta tiene,
y ni á la España conviene,
ni á mí me agrada tampoco.
Supongo que es tu sentir
lo mismo?

PRINC. Señor, lo cierto
es, que á comprender no acierto
cuanto acabais de decir.
Muy pocos momentos hace
que en este sitio estuvieron
Silva, Espinosa, y dijeron
que aprobábais este enlace.

REY. Ni tal dijeron mis lábios,
ni lo espresarán jámas:
imbéciles nada mas,
se encuentran en vez de sabios.
Aceptaré la propuesta
haciendo una alteracion,
les dije.

PRINC. Y en conclusion,
sepamos cuál es.

REY. Es esta.
En bien de las dos naciones,
se efectuará un enlace.

PRINC. Ah! si el matrimonio se hace,
poned vos las condiciones.

REY. La Francia, vive al arrullo
de su vanidad nutrida;
démosla más que nos pida,
y cegaremos su orgullo.
La oferta admito cual ley,
y le daré, aunque se asombre,

en vez de un mancebo, un hombre,
y en vez de un Príncipe, un Rey.

PRINC. Luego vos...

REY. Sí, qué te espanta?
El bien de España miré,
y pues conviene, seré
yo el esposo de la infanta.

PRINC. Vos, señor, vos... qué locura!

REY. Tan débil mi cuerpo está
que me contemplas quizá
al pié de la sepultura?

PRINC. Yo no dije, padre mio...

REY. He leido prontamente
lo que cruzó por tu mente.
Pensamiento bien impio!
(Interrumpiendo al Príncipe, que intenta hablar.)
Pensamiento que ambicionas;
pero esta frente...

PRINC. Señor!...

REY. Aun sostendrá con vigor
el peso de tres coronas.
En esta humana miseria
de pensamientos mezquina,
si el espíritu domina
desfallece la materia.

PRINC. Padre, padre, yo no entiendo...

REY. A falta de otra razon,
tu escasez de comprension
de apoyo me está sirviendo.
El francés al contemplar
el brillo de mi corona,
sacrificios no perdona
para poderle amenguar;
y como otras, esta vez
tambien me halla prevenido
ante la red que ha tendido
á tu inesperta niñez.
Ansia su intencion *santa*
el tener tu voluntad
sugeta á su autoridad
por el amor de la infanta;
para mirar destruida
la obra tan envidiada,

por tu abuelo comenzada
y por tu padre seguida.
Pero no lo logrará,
porque yo el terreno elijo,
y la red tendida al hijo,
el padre la romperá.
Yo me casaré.

PRINC. Vos!!!

REY. Yo.

PRINC. No es posible.

REY. Desvarío:
jamás el *Hágase* mio
imposibles encontró.

PRINC. Hay uno de fuerza tanta,
y al cual estoy tan sujeto...

REY. Cuál es?

PRINC. Que adoro en secreto...

REY. Infeliz!

PRINC. Que amo á la infanta.

REY. Que la amas!

PRINC. Piedad!

REY. Escucha:
si la amas... tanto mejor:
tu triunfo será mayor
cuanto mayor sea la lucha.
Lucha contra esa pasion
con sufrimiento y grandeza...

PRINC. Ved, señor, que mi cabeza
no manda á mi corazon.

REY. Le mandará.

PRINC. *(Con resolucion.)*
Eso, jamás.

REY. Con que no te han calumniado,
aquellos que te han tachado
de indócil y aun de algo mas?
Y eres tú el que hace un momento,
era el digno sucesor
del invicto emperador,
é hijo mio?

PRINC. (Qué tormento!)
Padre, no podré olvidar
ese amor sin sucumbir.

REY. Pues bien; voy á concluir

por donde debí empezar.
Lo que conviene, mirando
tu deber te aconsejé;
cual padre te lo indiqué,
ahora cual Rey, te lo mando.

PRINC. Padre mio!

REY. Demos punto;
me siento malo, y tú estás
molesto; no hablemos mas
de tan fastidioso asunto.
(Se oye rumor creciente hácia la puerta del fondo: el Rey continúa sentado en su sillon, de modo que no se deja ver de los que entran, hasta que la situacion lo requiere.)
Qué ruido es ese? las sienes
se me parten; y es aquí
donde el rumor...

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—EL CARDENAL ESPINOSA.—RUY-GOMEZ DE SILVA Y EL DUQUE DE ALBA *al fondo, acompañados de varios caballeros de la córte, entre los que viene* VELASQUILLO.—EL CONDE DE LERMA *se presenta al umbral de la puerta por donde se retiró.*

RUY-G. *(Al fondo y señalando al Príncipe.)*
Vedle allí;
(Con entusiasmo.)
démosle mil parabienes.
Derrame ventura el sol
dorando el régio dosel
de la princesa Isabel...

REY. *(Levantándose.)*
Y del monarca español.
(El Rey en toda esta escena da un doble sentido á sus espresiones, que aparentemente llevan el sello de la indiferencia y la naturalidad.)

CARDEN. *(Con asombro.)*
Pero vos...

REY. Y eso te espanta,
Cardenal?
CARDEN. Es asombroso!
REY. Yo voy á ser el esposo
que se destina á la infanta.
CARDEN. ¿Y el francés...
REY. Eso se salva
con breves negociaciones;
si hacen falta esplicaciones,
se las dará... el duque de Alba.
DUQUE. Yo, señor?...
REY. Qué hay que te asombre?
Muy digno de este honor eres;
tú llevarás mis poderes
para casarte en mi nombre.
Vas á una nacion de amigos;
por eso, si te acomoda,
para dar brillo á la boda,
llevas... treinta mil testigos.
Y al Rey, á la Francia, al mundo,
dáles por toda razon,
que es esta la decision
del Rey Felipe Segundo.
(El Rey cruza la escena con indiferencia y se dirige á su habitacion: la córte permanece asombrada. El Príncipe cae abrumado en brazos de Lerma, y el Bufon, cruzado de brazos, se queda mirándole con sonrisa triunfante.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto anterior. Ruy-Gomez de Silva aparece sentado junto á una mesa, inspeccionando papeles.

ESCENA PRIMERA.

RUY-GOMEZ.

Fermenta la rebelion:
todos los Paises Bajos
se encuentran como un volcan
que tiene reconcentrado
en su interior todo el fuego,
la erupcion amenazando;
y segun dicen, no es fácil
en el dia sofocarlo:
demos cuenta al Rey de todo,
su voluntad consultando.
A pesar de la costumbre
de servirlo, y de tratarlo,
á pesar de mi entereza,
mi gravedad y mis años,
cuando anuncia su llegada,
nunca sereno le aguardo.

Su frio mirar me aterra;
si habla, me llena de espanto
aquella voz tan tranquila
que amenaza suplicando.
Cauteloso y vigilante,
sigue al Príncipe los pasos;
inquiere de don Juan de Austria
no solo todos sus actos,
sino que sabe tambien
hasta sus mas reservados
pensamientos; él observa
lo que en los reinos estraños
ocurre, sin descuidar
cuanto sucede á su lado.
En cuanto al Príncipe... el Príncipe
nos ha de dar malos ratos.
En fin... las voces circulan...
el incendio está arraigado,
y añadiendo leña al fuego...
prosigamos... prosigamos.
(Sigue inspeccionando papeles.)

ESCENA II.

RUY-GOMEZ.—EL CONDE DE LERMA, *que sale de la habitacion del Príncipe.*

LERMA. Se trabaja, Silva?
RUY-G. Un poco.
De dónde venis?
LERMA. Del cuarto
del Príncipe.
RUY-G. Asistirá
á la audiencia de hoy?
LERMA. Don Cárlos
se halla bastante indispuesto
y no irá.
RUY-G. Pues es estraño:
á quien mejor que á Su Alteza,
puede interesar este acto?

LERMA. Por qué?
RUY-G. *(Con intencion.)*
Porque sus amigos,
los de los Paises Bajos ,
hacen hoy su peticion.
LERMA. Amigos!
RUY-G. Lo ha divulgado
asi el pueblo.
LERMA. Son calumnias
que hacen cundir en palacio
los que al Príncipe detestan.
RUY-G. Quién se atreve á detestarlo?
LERMA. Quien teme que llegue el dia
de vengar los desacatos
que hace tiempo le dirigen
recelosos cortesanos.
RUY-G. No os entiendo, Conde amigo.
LERMA. Lo creo así, no es estraño.
RUY-G. Pues dicen tambien...
LERMA. Qué dicen?
RUY-G. Que abriga desenfrenado
una pasion criminal,
en su pecho.
LERMA. Son villanos
los que tal dicen.
RUY-G. Yo, Conde,
escucho tan solo y callo,
y opino como opinais.
LERMA. Cunde la calumnia tanto
contra don Cárlos aquí;
son tan viles sus contrarios,
que todo lo intentan, todo,
del hijo del Rey en daño.
RUY-G. Y pensais...
LERMA. Ya basta, Silva:
el asunto es delicado;
ademas, queda Su Alteza
en su cámara esperando...
RUY-G. Id con Dios.
LERMA. Con él quedad!
(Aparte y saliendo por el fondo.)
Su perfidia me hace daño.

ESCENA III.

RUY-GOMEZ.—*Luego* EL REY.

RUY-G. Dia llegará en que el Conde
aminore su entusiasmo,
porque suele ser funesto
tal fervor en los palacios.
REY. Hablabas solo, Ruy-Gomez?
RUY-G. *(Con cierto sobresalto.)*
Señor...
REY. Te asusta mi vista?
RUY-G. La sorpresa... un breve instante
me habló el de Lerma: decia
que está indispuesto Su Alteza,
y que es probable no asista
á la audiencia de hoy.
REY. Lo siento;
pero si él lo determina,
justo es no violentar
sus inclinaciones, Silva.
RUY-G. Anda triste.
REY. Sí?
RUY-G. Muy triste.
REY. No se compra la alegría.
RUY-G. Es cierto; si se comprara,
bien pronto se curarian
la tristeza de la Reina
y la de don Cárlos.
REY. Mira
que de la Reina no hablábamos.
RUY-G. Mi dolor...
REY. *(Señalándole la mesa del despacho.)*
Qué hay á la vista?
(El Rey se sienta en el sillon; Ruy-Gomez empieza á dar cuenta, permaneciendo en pié.)
RUY-G. Los de los Paises Bajos
un levantamiento avisan:
y dicen que Montigni,
y otros mas que aqui en la villa

andan con capa de amigos,
son emisarios y espias.

REY. Y qué vienen á espiar?

RUY-G. Vuestra voluntad.

REY. La mia?
Fácil es de conocer,
todo el mundo la adivina.
Y su comision se estiende
á más?

RUY-G. Si señor; las miras
de los traidores, alcanzan
á tal punto de osadia,
que intentan comprometer
al Príncipe en sus intrigas.

REY. (*Aparte.*)
La Francia!... la Francia sola
es la que este fuego atiza.
(*Alto.*)
Y... quiénes son esos locos
que tal intento maquinan?

RUY-G. Orange.—Egmond...

REY. No es posible.
Los que con tal bizarria
triunfaron en san Quintin,
vencieron en Gravelinas,
ser rebeldes á su Rey?
Serán falsas las noticias.

RUY-G. El conducto es fidedigno:

REY. Y tú, Ruy-Gomez, qué harias
en este caso?

RUY-G. Prender
á Montigni: con su vida,
la de sus gefes y aliados,
la traicion acabaria.

REY. No soy de tu parecer.
El brazo de la justicia
nunca debe descargarse
sin pruebas palpables... fijas.
Si pruebo que Montigni
en contra del Rey conspira,
entonces... de mi clemencia
no espere nada!... prosiga
tu lectura.

RUY-G. Unos pintores
y escultores, solicitan
vénia del Rey para ir
á las naciones vecinas.
REY. Quiénes son?
RUY-G. Los del real sitio
del Escorial.
REY. Mucha prisa
tienen para abandonarme.
Aquí no se los estima?
He puesto tasa á sus obras?
No hallan aquí la debida
recompensa sus trabajos?
Si no es asi, que lo digan;
que nada quiero omitir
por dar á sus obras vida.
RUY-G. Yo los mandé suspender
despues de vuestra visita
última...
REY. Qué?
RUY-G. Sus trabajos,
por encontrarse vacias
las arcas del real tesoro.
REY. Y asi tú te determinas
sin consultarme, á mandar
en cuestion de tal valia?
RUY-G. Señor! Vi tales dispendios
y hallé tan empobrecidas
las arcas...
REY. Aun hay recursos!
Los gastos de mi familia
y mi persona, desde hoy
haré que se circunscriban
á una cuarta parte.
RUY-G. Cómo
tener mas economías
que las que hoy mismo se notan?..
REY. Fácilmente: mi avaricia
es tan corta... yo no quiero
esplendidez, perspectiva
de aparato: mi ambicion
es en esto tan mezquina,
que esta tosca mesa es lujo,

es ostentosa esta silla,
y hasta mi trage es brillante
segun mis sueños.

RUY-G. Me admira
abnegacion tan sublime.

REY. En cambio, tengo codicia
para las cosas de Dios:
si pudiera ser tan rica
la mansion que le preparo,
que la primer maravilla
del mundo la apellidasen,
diera orgulloso mi vida
sin vacilar... Para hacer
posible la ambicion mia,
á los altos empleados
de palacio y de la villa,
les honraré disponiendo
que medio sueldo perciban;
quedando la otra mitad
para la mansion bendita.
Tú, como mas distinguido
por tu Rey...

RUY-G. Para honra mia!

REY. Serás en esta ocasion
quien mas descuelle.

RUY-G. Tal dicha!...

REY. En tres años que á contarse
empiezan desde este dia,
no cobrarás del Estado
ni sueldo, ni grangerias.
Lo entiendes?...

RUY-G. Es mucho honor
para mí...
(*Aparte.*)
Dios te maldiga.

REY. La fábrica no ha parado?

RUY-G. No, señor.

REY. Pues, que prosiga;
que Juan de Herrera se porta,
se porta, no es cierto, Silva?

RUY-G. Sí, señor.
(Se oye música y ruido lejano.)

REY. Qué ruido es ese?

RUY-G. La córte, que reunida
espera á Su Magestad
en brillante comitiva,
para la audiencia.

REY. Está bien.
Llégate á ver, y me avisas
cuando se acerque el momento
de marchar.

RUY-G. Muy bien.
(Aparte.)
La ira
me abrasa... quedar sin sueldo
por tres años... me asesina.

ESCENA IV.

EL REY.

Vive Dios, que estoy soñando:
sin darme de ello noticia
dispone ese hombre mandando...
yo pondré coto á su mando,
y tambien á su avaricia.
O el demonio le tentó
y su juicio trastornó,
ó no comprendo su porte.
¿No sabe ya que en mi corte
nadie manda mas que yo?
Imbécil!! Y atrevimiento
en su codicia le sobra:
ni vé, ni alcanza mi intento,
y en esa colosal obra
no encuentra mas que un convento.
Un convento!... En él se ostenta
de mi reinado la historia:
él mi ambicion representa,
y en su fábrica se asienta
el cimiento de mi gloria.
Esa mole es quien recibe
el pensamiento profundo

del que guardándole vive:
y en piedra su nombre escribe
el rey Felipe Segundo.
La España verá gozosa
en esa página hermosa
el triunfo de san Quintin:
que memoria tan gloriosa
nunca debe tener fin.
Yo haré que ese pedernal
del olvido me emancipe,
y diga el pueblo leal,
Felipe el del Escorial,
ó el Escorial de Felipe.

ESCENA V.

El Rey.—La Reina.

Ugier. Su Majestad la Reina.
Rey. *(Saliendo á recibirla.)*
Bien venida.
Llegad, dareis solaz al pensamiento.
Reina. Escaso es el contento
que prestar puede un alma dolorida.
Rey. Dolor decís? Mi córte presurosa
no se postra solícita y galante
ante las plantas de mi tierna esposa?
Vuestro hermoso semblante
perdiendo vá su brillo y lozanía.
Quién se atreve á causar vuestros enojos?
Quién tendrá la osadía
de dar sombra á la luz de vuestros ojos?
La nebulosa idea que os asalta,
me asombra á mí tambien y me entristece.
Qué es lo que á vuestro corazon le falta?
Reina. Qué le falta á la tórtola amorosa
á quien arrancan de su dulce nido,
y en vez de la alameda deleitosa
una cárcel le dan, dorada... hermosa,
en cambio del ramaje que ha perdido?

Qué le falta al altivo pensamiento
que se estrella en el techo de un palacio,
cuando sueña en subir al firmamento?
Qué les puede faltar? Aire y espacio.

REY. Señora!

REINA. Oidme y deponed el ceño.
En el abril florido
de mi temprana edad, caber no pueden
doblez ni ingratitud: mi alma amorosa,
agradecida á vuestro noble empeño,
con la sonrisa cándida de un niño
el favor admitió del pueblo hispano,
pagándole cariño por cariño.
Y al entregar mi mano
y el corazon tambien en los altares,
obligada á dejar los patrios lares
donde corrió mi infancia,
lágrimas de dolor dejé á la Francia.
(Al Rey que pretende hablar.)
Permitidme... así aduermo mis pesares.
En los albores de mi edad primera,
ví una córte gentil y bulliciosa,
que se afanaba alegre y lisonjera
por encantar con mágia prodigiosa
las horas de mi dulce primavera.
La destreza, el valor, la bizarría,
todo ante mí la córte desplegaba;
cuanto bello la mente concebia
á Isabel de Valois se dedicaba...

REY. É Isabel de Valois lo merecia.

REINA. Con los sentidos al placer despiertos,
y á la tristeza y al pesar dormidos,
me sorprendió este enlace.

REY. Lo decís con dolor!...

REINA. Y qué os estraña?
sin trato, sin amor, desconocidos
los futuros esposos,
el lazo conyugal en un instante,
nos unió para siempre... vine á España
como esposa de un Rey...

REY. Y como prenda
de inestimable precio y poderío:
como el íris de paz de dos naciones,

que os rinden por ofrenda
su respeto y su amor... preciosos dones!

REINA. Con mi inocencia tributé respeto
á tan fiel proceder; pero angustiada
por dejar á mis padres, en secreto
lloraba á mi pesar: hallé una córte
monástica y sombría,
en vez de aquella córte alborozada...
y al encontrar de frente con la mia
de vuestros cortesanos la mirada,
en cada cortesano hallé un espía.

REY. Fantasmas son que os finje vuestra mente!
Servidores leales
teneis en derredor: quién se atreviera
á fijar imprudente
en vuestro puro rostro una mirada,
que de ofensiva un átomo tuviera?
Mal pagais la ternura
del Rey y del esposo; y la franqueza
de vuestro lábio, es dura.

REINA. No os estrañe, señor, este lenguaje.
Vuestro incansable espíritu entregado
á negocios del reino, vive en ellos:
la Francia, Italia, España é Inglaterra
vuestra real atencion solas absorben,
y yo contemplo con doliente llanto,
que en ese torbellino de emociones
en que agitais al mundo,
vuestra alma reflexiva y cavilosa,
atenta solo á los negocios graves,
deja en olvido á la infeliz esposa.

REY. El Rey que es Rey, y cual monarca vive,
el Rey que dá valor á su corona
y de ninguno voluntad recibe,
tiene esclava del sólio su persona.

REINA. (*Con severa recriminacion.*)
Entonces ese Rey no debe nunca
unir su vida á la existencia agena,
brindándola tan solo con dolores:
que pase su existencia solitaria,
y así no hará del tálamo de amores
una mansion horrible y funeraria.

REY. Exaltada os hallais!!!

RUY-G. (*Al fondo.*)
Ya reunida
la córte espera al Rey.
REY. Voy la embajada
á recibir : (*Vase Silva.*)
(*A la Reina.*)
Bien veis que esto es urgente.
REINA. Partid, señor; yo quedo consolada.
REY. (*Aparte.*)
Si habrá una causa oculta
para esa exaltacion!
(*Alto.*)
Adios, señora,
el cielo os vuelva la perdida calma
para dicha del hombre que os adora.
(*La besa la mano y se retira.*)

ESCENA VI.

LA REINA.—EL PRÍNCIPE.

REINA. (*Dando rienda á su dolor.*)
Oh! Cuánto sufro, Dios mio!
PRINC. En hora triste he llegado.
REINA. (*Con sorpresa y reponiéndose.*)
El Príncipe!
PRINC. Habeis llorado!
REINA. (*Con violencia.*)
Quién? Yo llorar?... desvarío!
PRINC. No oculteis vuestra emocion;
dad rienda á vuestro quebranto,
y ved que ese hermoso llanto
alivia otro corazon.
Tan cruel y desdeñosa
sereis...
REINA. Templad el lenguaje,
porque haceis un doble ultraje
á la Reina, y á la esposa.
PRINC. A la Reina? á la que un dia

me consagró su ternura?
No es bastante ser perjura,
que es preciso ser impía?

REINA. De quien soy os olvidais?
Sin duda os ciega el despecho;
Príncipe, con qué derecho
de esa manera me hablais?

PRINC. Con el derecho sagrado
del que en atrevido vuelo
puso la planta en el cielo,
y de allí le han arrojado.
Con el que dá, no os asombre,
el ver para mas dolor,
á la prenda de su amor
en los brazos de otro hombre.
De otro hombre...

REINA. ¡Dios poderoso!

PRINC. Que cual sombrío ciprés
de mi amor, descuella, y...

REINA. *Que es vuestro padre!*

PRINC. *Es vuestro esposo!* (1)

REINA. Respetad á vuestro padre,
al que os dá como á heredero,
del mundo el trono primero...

PRINC. *Y que á vos me dá por madre!* (2)
A vos, al ángel querido,
cuyo puro pensamiento
me hizo de amor juramento...
Juramento fementido!
Ah! Con crueldad impía
vuestra carta me halagó!

REINA. La que tal carta escribió,
no dijo lo que sentia.

PRINC. Señora! Y con esa calma
me lo confesais?

REINA. Con esa;
porque el lenguaje no espresa
el sentimiento del alma.
Porque en mi infantil candor

(1) Schiller, en el Príncipe don Cárlos.
(2) Id. id.

vi un cielo allá en lontananza,
bello, como la esperanza,
risueño, como el amor.
Porque era inmenso... profundo,
el manantial de ternura,
y para tanta ventura
no tiene lenguaje el mundo.
Por eso fué falsa... impía...
la carta que os halagó...
y al escribírosla yo
no dije lo que sentia.

PRINC. Señora, hablais inspirada:
y siento en dulce emocion
fundirse mi corazon
al calor de esa mirada.
Y olvido hasta la dolencia
de mi alma de muerte herida...
este instante de mi vida
vale toda una existencia.

REINA. Dichas soñadas no mas,
don Cárlos; para los reyes
y príncipes rigen leyes,
que no hablan con los demas.
Mataron las ilusiones
con que soñando vivia;
de mi enlace dependia
la paz entre dos naciones.
Y al ver al reino propicio
ante paz tan codiciada,
fuí víctima resignada
conducida al sacrificio.

PRINC. Al escucharos se llena
mi alma de nueva amargura;
porque nuestra desventura
formó la ventura agena.

REINA. Asi seremos al templo
de la virtud ensalzados...
los príncipes son llamados
á dar de virtud ejemplo.

PRINC. De virtud! Vos ignorais
el tormento indefinible
que causa esta irresistible
situacion?...

REINA. No prosigais.
Una esplicacion honrosa
os dió la jóven princesa;
la antigua amante aqui cesa.
y hablan la Reina y la esposa.
Dejad, Príncipe, esta tierra;
cambiad con noble valor
los pensamientos de amor
por pensamientos de guerra:
y lauros ambicionando,
lauros os dará la suerte.

PRINC. Mi lauro será la muerte...
la muerte que voy buscando.

REINA. No la muerte, sí la gloria;
detenedla en su camino;
tal vez es vuestro destino
servir de ejemplo en la historia.
Y mengua fuera que en pos
de un pensamiento liviano,
matáseis el soberano
genio que reside en vos.
»Príncipe, el ardor guerrero (1)
»os anime en las campañas,
»y sed por vuestras hazañas
»otro Francisco primero.

PRINC. »Modelo hermoso, elocuente,
»de rey y de capitan;
»discreto, noble, galan,
»enamorado y valiente.

REINA. *(Con orgullo.)*
»Vive en la moderna historia
»como la gloria mejor.

PRINC. »Si no hubiera otro mayor
»fuera la primera gloria.
»Le admiro con noble celo.

REINA. »Ofendiéndole?

PRINC. »Jamás:
»pero admiro mucho más
»á quien venció á ese modelo.

(1) Todos los versos señalados al márgen con una comilla, se suprimieron en la representacion, á ruego del autor.

REINA. »(*Ofendida.*)
»Príncipe!
PRINC. »Señora mia!
»Acallen vuestros afanes
»la torre de los Lujanes
»y los campos de Pavía.
»Y dispensad si altanero
»siguiendo mi noble instinto,
»coloco yo á Cárlos quinto
»sobre Francisco primero.
»Que de una estrella ante el sol
»la luz brillante se empaña:
»mi abuelo era un sol de España
»y yo soy muy español.
REINA. Bien está: tan noble instinto
grandeza dará al poder:
haceos digno de ser
el nieto de Cárlos quinto.
PRINC. Bendita seais, señora,
pues que me habeis recordado
un nombre tan venerado:
oh! partiré sin demora.
REINA. Partireis?
PRINC. Sí, vive Dios!
y hallaré la gloria allí,
que la gloria para mí
es morir pensando en vos.
REINA. Basta.
PRINC. *(Con profundo sentimiento.)*
Para el que suspira
y parte á un pais lejano...
REINA. *(Con efusion.)*
La madre le da su mano.
(El Príncipe se la besa arrodillado, y despues esclama.)
PRINC. Y la amante?
REINA. *(Con decision.)*
La retira.
(Vase.)

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE.—LERMA.

PRINC. Qué confusion tan horrible,
y qué alma tan bondadosa!
LERMA. Señor.
PRINC. Lerma!...
(Aparte.)
(Qué tormento!)
Terminó la audiencia?
LERMA. Ahora.
PRINC. Y el Rey?
LERMA. Severo rechaza
las negociaciones todas.
Despide á los emisarios,
y les dá venticuatro horas
para arreglar su viaje.
PRINC. Escucha, Conde: me importa
que veas á Montigni.
LERMA. Cuando, señor?
PRINC. Sin demora:
dí que acepto la entrevista.
(El bufon al fondo los escucha.)
LERMA. Su Alteza no reflexiona
las consecuencias de un paso
tan imprudente.
PRINC. No pongas
reparo alguno á mi plan;
ya no hay redes que no rompa.
Parto si el Rey dá su venia,
y parto si no la otorga.
LERMA. Pero habeis reflexionado...
PRINC. Conde, los consejos sobran.
La cita será esta noche.
LERMA. Qué decis!
PRINC. Mientras reposa
todo en palacio. Me entiendes?
LERMA. Está entendido. Y la hora?
PRINC. Las dos.
LERMA. El sitio?

PRINC. El mejor
para citas misteriosas,
es el salon retirado
del santuario de Atocha.
Queda á tu cargo arreglar
con él el modo y la forma
de penetrar.

LERMA. Está bien.

PRINC. El sigilo es lo que importa.
(El Bufon hace ruido, aparentando que entra en aquel momento.)

LERMA. El bufon!

PRINC. Llévele el diablo!
(Vase.)

LERMA. Bien.
(Se entra en la cámara del Príncipe.)

ESCENA VIII.

VELASQUILLO.

Indiscreto! Hola, hola?
El pájaro volará
si las alas no le cortan.
El diablo, al padre y al hijo
entre mis manos coloca
para llegar á mis fines:
mientras que finjir me importa,
mentiré cariño al Rey,
hasta coronar mi obra.
En tanto sirva de escarnio
y ludibrio mi persona,
que cuando llegue mi vez,
entonces... Bufon, ahoga
tu secreto: el Rey!... tengamos
la astucia de la raposa.
(Se entra en la cámara del Rey.)

ESCENA IX.

EL REY.—EL DUQUE.

(La córte acompaña al Rey hasta la puerta del fondo: á una seña del monarca la córte se retira, quedando solo el Duque de Alba, á quien el Rey indica que pase.)

REY. Oiste á los mensageros
de Flandes?
DUQUE. A pesar mio.
Su insensatez los conduce...
REY. A qué, Duque?
DUQUE. A un precipicio.
REY. Son francos en el decir.
DUQUE. Rebeldes!
REY. No, no es lo mismo.
Dicen todo lo que sienten.
DUQUE. Pero con acento altivo.
REY. Hombres que asi se producen,
equivocan el camino...
y pretenden imponer
límites al real dominio!
DUQUE. Exigencia desmedida.
REY. No tal: el pedir, es lícito
á todo el mundo: lo malo
es conceder lo pedido.
DUQUE. Y siendo exigencia injusta...
REY. Se vé el Rey en el conflicto
doloroso, de negar
la peticion: compromisos
ingratos para los reyes
humildes y compasivos.
Tú, Duque, que largo tiempo
entre esa gente has vivido,
qué ves en esa reforma
religiosa, cuyo grito
en toda Alemania cunde
haciendo tantos adictos?

DUQUE. Trasluzco, señor, la idea
de poner coto al dominio
de Roma, y emanciparse
de los tributos crecidos,
que la Iglesia...

REY. Es el pretesto:
el objeto es muy distinto.
Las guerras de religion,
semillero de esterminios,
llama infernal avivada
por resplandores malditos,
arraigan la rebeldía
hasta en ánimos tranquilos.
No es al papa; sí á los tronos,
á los que asestan sus tiros.
Las ideas subversivas
infestan ya mis dominios;
para evitar sus estragos,
un hombre allí me es preciso,
que conozca las costumbres,
que adivine los instintos,
que con voluntad de hierro,
con entereza, y con tino,
acalle á los revoltosos,
ya siendo padre benigno,
ya severo juez, inflexible,
que castigue sus delitos.

DUQUE. Y ese hombre...

REY. Es el duque de Alba.

DUQUE. Yo, señor?...

REY. Duque, no olvido
que en tiempo no muy lejano
visitaste al cristianísimo
padre comun de los fieles,
(Descubriéndose.)
Paulo cuarto: y Dios testigo
es, de que tus *argumentos*
no fueron mal acojidos.
Si esto pasó con el papa,
que á mas era rey ungido,
qué no harás con los sectarios
de Lutero y de Calvino?

DUQUE. Cumpliré con mi deber.

señor, cual siempre he cumplido.

REY. Lutero! un fraile intrigante:
su discípulo Calvino,
un heresiarca malvado:
Leiden, un ser corrompido
y degradado; estos hombres
y otros muchos que ahora omito,
no son muy acreedores
á gran compasion: yo opino
de este modo: dime ahora
tus pensamientos.

DUQUE. Los mios?

REY. Los tuyos: tal vez con ellos
yo modifique mi juicio.
Sabes que yo escucho á todos;
despues, las razones mido
en mi mente, las aprecio,
y las sigo ó no las sigo.

DUQUE. Vuestra Magestad me pide
mi opinion?

REY. Te lo suplico.

DUQUE. No la tengo.

REY. Alba!

DUQUE. Ninguna:
ni pensamientos abrigo
de ningun género.

REY. Duque!

DUQUE. Señor, vasallo sumiso,
dejo á mi Rey el cuidado
de pensar: yo no examino
ni antecedentes, ni causas;
á la magestad adicto,
soy el brazo que ejecuta,
vos, la cabeza á quien sirvo.

REY. Siempre tan leal! Tú eres
el hombre que necesito.
Pronta partida reclama
la necesidad.

DUQUE. Hoy mismo
puedo partir.

REY. No es posible.
Esta tarde, irás conmigo
al Escorial, y al regreso,

te entregaré por escrito
todas las observaciones...

DUQUE. Para mí leyes.

REY. Bendigo
tan acertada eleccion.
Duque, hasta despues.

DUQUE. Os sirvo
con lealtad, con orgullo.

REY. *(Dándole á besar su mano.)*
Yo lo tengo en tu servicio.

ESCENA X.

EL REY.—EL BUFON.—*Despues* LERMA.

REY. *(Viendo al Bufon y sonriéndose.)*
Qué haces aquí?

VELASQ. Te sonries?
Entonces te dejo á solas.

REY. Por qué?

VELASQ. Porque tu sonrisa
suele ser muy peligrosa.

REY. Malicioso!

VELASQ. Felipito,
no tengo ganas de broma:
estoy dado á los demonios.

REY. Impío!

VELASQ. No seas hipócrita!
Me tienes incomodado:
acoger con esa torva
mirada á los estrangeros,
que tan rendidos te imploran!
Negarles sus peticiones!
Recibirlos con tan poca
humanidad!

REY. Estuviste
en la audiencia?

VELASQ. Y aun lo llora
mi corazon condolido:

pobre gente! Si en la otra
prueba sale como en esta...

REY. Qué prueba?

VELASQ. A tí qué te importa?
A veces un padre niega,
mas despues el hijo otorga...

REY. Qué estás diciendo?

VELASQ. Yo? nada.
Que el santuario de Atocha
tiene un salon retirado:
que para citas, la hora
de las dos en noche oscura
es muy buena.

REY. Estás de broma.

VELASQ. *(Sonriendo.)*
Fácil es, pero esta noche
pudiera estar como boca
de lobo.

REY. *(Aparte.)*
Qué escucho!
(Al Bufon.)
Vete.
Lenguaráz, ya me incomodas.

LERMA. *(Saliendo de la habitacion del Príncipe.)*
Señor, Su Alteza suplica
que le conceda la honra
Su Magestad, de una audiencia.

REY. Concedida. Dile que ahora
aquí le aguardo.

LERMA. *(Retirándose.)*
Está bien.

VELASQ. A la cita misteriosa
vá á convidarte.

REY. Bufon,
vete de aquí; ya me estorbas.

VELASQ. Me voy: que estoy convencido
que en escenas cariñosas
de hijos y padres, no debe
haber estrañas personas.
(Váse.)

ESCENA XI.

El Rey.—El Príncipe.

Princ. Padre y señor!...
Rey. Bien llegado:
hoy en la pública audiencia,
del Príncipe la presencia
de menos la corte ha echado.
Yo siento que te desmandes.
Princ. En qué he podido faltar?
Rey. Has debido de escuchar
á la comision de Flandes.
Princ. Estando vos...
Rey. Cosa estraña!
Asunto de tal valor,
no interesa al sucesor
de las coronas de España?
Recuerdos de gloria llenos,
en vano, Príncipe, evoco;
la España te importa poco,
y la Flandes mucho menos.
Princ. No, padre; estoy deseando...
Rey. Veo que en tu corazon
no germina la ambicion
de corona, ni de mando.
Nieto del gran Cárlos Quinto,
cuyo cetro heredas; dí,
no sientes bullir en tí
algun beliceso instinto?
(Aparte.)
Consultemos su conciencia.
Princ. Sí, padre mio, sí siento:
por eso en este momento
os he pedido una audiencia.
Si vuestra bondad consiente
en escucharme...
Rey. Te escucho.
Princ. Tiempo hace, señor, que lucho
con fé, pero inútilmente,
por dominar la tristeza

que todo mi ser abate:
y en este rudo combate
sucumbe mi fortaleza.
Marché á Alcalá con intento
decidido de estudiar,
y nunca logré fijar
en el libro el pensamiento.
Cuando alejar mi afliccion
con el estudio anhelaba,
nuevas penas encontraba
mi angustiado corazon.

REY. De esas penas que te aflijen,
las causas averiguando...

PRINC. Hay penas que van matando
sin que sepamos su origen.

REY. Dolor que misterio encierra,
tiene mucho de locura.

PRINC. Pues bien: mi dolor se cura
con el placer de la guerra.
Dijísteis bien, en mi anhelo
siento circular hirviente
la sangre noble y ardiente
de mi padre y de mi abuelo.

REY. Yo soy muy débil, de modo
que vives en un error.

PRINC. Demasiado sé, señor,
que vos servis para todo.

REY. Basta, no hablemos de mí;
qué tienes que suplicarme?

PRINC. Padre, quisiera ausentarme
lejos... muy lejos de aquí.
Despiértase el ardimiento
en mi pecho generoso,
y mi espíritu animoso
necesita otro elemento.

REY. Tan mal en mi corte te hallas?

PRINC. Ansío en otros confines
oir los limpios clarines
en medio de las batallas.
De la guerra en los horrores,
quiero luchar y vencer:
en fin, quiero digno ser
de mis ilustres mayores.

Dejadme el mando en la Flandes,
del ejército, y prometo
hallar bien pronto el secreto
de sujetar á los grandes.

REY. No es de resultado escasa
tu promesa: ¿y cómo hacer
lo que acabas de ofrecer,
si ignoras lo que allí pasa?

PRINC. La pública voz, bien puede...

REY. La voz que aquí circuló,
dijo lo que quise yo,
mas no lo que allí sucede.
Desconocer el estado
del pais es cosa grave.

PRINC. Quién sabe, señor!

REY. Quién sabe?

PRINC. *(Aparte.)*
Me vendí...

REY. Estás agitado.

PRINC. La emocion...

REY. Lo creo! En fin,
eres niño todavía.

PRINC. Jóven érais vos, el dia
que entrásteis en San Quintin.
Con tan memorable hazaña
tembló la Francia de espanto,
y vos dábais, padre, en tanto
un dia de gloria á España.
Dadme libertad y espacio,
y me haré digno de vos...
Ved que me aconseja Dios
que abandone este palacio.
A lograr mi peticion,
que valdrán, señor, espero,
este mi instinto guerrero,
mi sangre, y mi vocacion.
Padre, calmad mis afanes.

REY. Hacen falta á mis estados
mas que intrépidos soldados
previsores capitanes.
Antes que así te deslumbres,
pruébame tus facultades:
sabes las necesidades,

los vicios y las costumbres
de aquellos agitadores,
que sus reformas proclaman?
Conoces á los que me aman,
y á los que me son traidores?
Allí hay un centro infernal
dispuesto siempre á la guerra,
que atizan Francia, Inglaterra,
Alemania y Portugal.
Allí se rebela el mundo
con una insistencia estraña,
contra el poder de la España,
contra Felipe Segundo.
Y en mi favor quiero allí,
un leal hasta tal punto,
que sea un vivo trasunto
del Rey que se queda aqui.

PRINC. Yo, padre, yo!...

REY. Qué torpeza!
Yendo tú, desde aquel dia,
á temblar empezaria
por mi trono y tu cabeza.

PRINC. Por qué?

REY. Te anunciaste al mundo
con la muerte de tu madre,
causando á tu pobre padre
un sentimiento profundo.
Tambien me acuerdo que el dia
en que fuiste proclamado,
como sucesor llamado
á regir la monarquía,
cuando el público alborozo
se difundia en la fiesta,
una noticia funesta
vino á turbar nuestro gozo.
Las banderas castellanas
de una riquisima flota...

PRINC. Señor, tan triste derrota
en las costas africanas,
qué tiene que ver conmigo?

REY. En tan solemne ocasion,
no ves una prediccion
relacionada contigo?

No alcanzas que el atributo
de tu desastrosa estrella,
es ir marcando tu huella
con rastros de sangre y luto ?

PRINC. Ah ! mi espíritu altanero
tan solo alcanza á entrever,
que estoy destinado á ser
ludibrio del mundo entero.
Estrella en verdad impia
es la que el poder me presta;
y si al fin es tan funesta,
que acelere mi agonia.

REY. Blasfemo! tus liviandades...

PRINC. Ved que no puedo, señor,
sufrir mas tiempo el rigor
de tantas contrariedades.
Qué he de hacer pues?

REY. No ser loco;
el orgullo alguna vez
nos pierde, y la insensatez
no es favorable tampoco.

PRINC. Adios, señor.
(Le besa la mano.)

REY. *(Con mucha intencion.)*
Desconfia
de arrebatos de bravura,
que próxima á la locura
suele estar la rebeldía.
Sumiso acata la ley
que obliga, aunque no te cuadre,
á respetar á tu padre,
y á obedecer á tu Rey.

ESCENA ULTIMA.

EL REY.

La semilla de traidores
se siembra hasta en mi palacio?
Felipe, vamos despacio
con estos reformadores.

Reforma! chispa terrible
que dejándola cruzar,
pudiera al fin dar lugar
á un incendio inestinguible.
Si los rebeldes patronos
de tan infernal pandilla
arraigasen la semilla,
ay de Europa y de sus tronos!
Un remedio hay que nos salva
del furor de esa caterva:
para arrancar mala yerba
no hay dos como el Duque de Alba.
Alba!! guerrero leal:
si veinte como él tuviera,
tal vez llamarme pudiera
el monarca universal.
(Se dirige á su cámara.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en el santuario de Atocha: una puerta lateral izquierda, por donde entran Lerma, Montigni y demas conjurados; otra lateral derecha, y otra al fondo que se abrirán á su tiempo.—Una mesa cubierta por todos los lados con un largo tapete de terciopelo. Una lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

El Príncipe.

Con que mi estrella descuella
tan solo para mi mal?
Pues si mi estrella es fatal,
me abandonaré á mi estrella.
Amar, dicen que no debo:
para guerra, soy rapaz:
verán de lo que es capaz
el combatido mancebo.
Seré rebelde, seré:
y cuando vencer consiga
á la falange enemiga
de mi padre, volveré,
diciéndole: ved, señor;

el hijo á quien despreciásteis
y á quien un tiempo juzgásteis
imberbe, nulo y traidor,
llega ufano á vuestros brazos
con la fé de que blasona,
y os devuelve una corona
que se rompia á pedazos.

ESCENA II.

El Príncipe.—El Conde de Lerma.

Lerma. Señor!
Princ. Vinieron?
Lerma. Ya están.
Princ. Díles que entren.
Lerma. Ved primero
las consecuencias fatales...
Princ. Lerma!
Lerma. Señor!
Princ. Tienes miedo?
Lerma. Le tengo... pero es por vos.
Princ. *(Con ironia.)*
Tanto interés te agradezco.
Lerma. Jamás al hijo rebelde
le favorecen los cielos.
Princ. Ellos se mostraron sordos
á mis quejas.
Lerma. Aun es tiempo
de retroceder, señor:
ved que...
Princ. Suspende el consejo.
Lerma. Es muy suspicaz el Rey:
no existen para él secretos.
Princ. Mi padre en el Escorial
está de mi afan ageno,
y allí convertido en fraile...
Lerma. Oh! temedle mas por eso.
Princ. Lerma, tus lamentaciones
me cansan.

LERMA. Mi sufrimiento
respetad... y este cariño
que hácia vos...
PRINC. Yo le respeto.
Si te dá pavor seguir
mis pasos, libre te dejo:
salva tu vida.
LERMA. Mi vida!
Sin vos, para qué la quiero?
PRINC. Ah! buen amigo! buen padre!
dáme los brazos.
LERMA. (*Tendiéndoselos.*)
Gran premio,
para quien os quiere tanto
como yo!
PRINC. Y ahora...
LERMA. Comprendo!
Voy en busca de esa gente.
PRINC. Sí, buen Lerma, porque temo
que si te retrasas mas,
á declinar va mi aliento.

ESCENA III.

EL PRÍNCIPE.

Pobre Conde! Qué cariño
me tiene tan verdadero!
Yo en pago á su lealtad
estoy su vida esponiendo,
y le arrastro en la corriente
de mi destino sangriento.

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE.—EL CONDE DE LERMA.—MONTIGNI.—OTROS TRES FLAMENCOS.

MONTIG. Permitidnos que postrados
á los piés de Vuestra Alteza...
PRINC. Alzad, Montigni, y decidme
vuestra mision sin reserva,

MONTIG. Señor, los Paises Bajos
de vos la ventura esperan.
PRINC. Y tan feliz seré yo,
decid, que dársela pueda?
MONTIG. Se la dareis porque es justa
su causa, y todos anhelan
que realiceis su esperanza
poniéndoos á su cabeza.
PRINC. Y quereis que me rebele
á la autoridad paterna?
MONTIG. No es rebelde el que se lanza
de la justicia en la senda.
Señor, el Milanesado,
el Brabante y la Lorena
están en agitacion;
y la Francia y la Inglaterra
trabajan sin descansar
disputándose su presa.
Podeis hacer ilusorias
sus ambiciones siniestras,
siendo el proclamado gefe
de la reformada secta.
El pueblo que os idolatra
os ceñirá una diadema,
que asentada en vuestras sienes
será gloriosa y eterna.
PRINC. Vos me ofreceis lo que es mio:
el hijo del Rey, hereda
los Estados de su padre.
MONTIG. Cuando el padre Estados cuenta.
Si el Rey Felipe Segundo
dominando sigue aquellas
comarcas, no está lejano
el dia en que decir pueda,
que es Rey de un monton de escombros.
La patria á la lid se apresta;
cansados están los pueblos
de la opresion que les cerca
y arrojar quieren el yugo
que sobre sus cuellos pesa.
A rebelarse dispuestos,
tan solo el momento esperan
de la señal; si venciesen,

Felipe Segundo cesa
de ser su dueño absoluto:
si los es la suerte adversa,
la rebelion pagarán
entregando sus cabezas
en manos de sus verdugos,
dejando yerma la tierra.
Si en tan terrible ocasion
aquel reino vuestro fuera,
oh! sentaríais el pié
sellando en sangre la huella.
Pero si hoy, libre de enconos,
con la voluntad resuelta
fijárais allí la planta
desplegando la bandera
de la reforma, de flores
seria la rëal diadema
que el pueblo, lleno de gozo,
á vuestras sienes ciñera.

PRINC. Y qué condiciones son
las que se me ponen?

MONTIG. Estas:
que los hijos del pais
los altos cargos ejerzan
del gobierno; que el ejército
formado por ellos sea;
que del poder del Pontífice
se emancipen las iglesias,
y que sea proclamada
la libertad de conciencia.

PRINC. Y pueblo que tanto pide
y que de mí tanto espera,
con qué elementos de triunfo
en la lucha se presenta?

MONTIG. Con los nobles del pais,
y con las clases pecheras;
con cuanto oro sea preciso
para terminar la guerra;
con una junta central
establecida en Bruselas,
que solo aguarda que vos...

PRINC. Y en donde teneis las pruebas
de todo?

MONTIG. *(Presentándoselas.)*
En estos papeles.
PRINC. *(Recorriéndolos con avidez.)*
Basta!... Cuando tantos hombres
entre los cuales se cuentan
los bravos Egmond y Orange
comprometen su existencia
por mí, fuera ingratitud
no seguir tan noble senda.
(Se aproxima á la mesa y firma, dejando en ella los papeles.)
LERMA. *(Aparte.)*
Gran Dios, velad por su vida,
y perdonad su flaqueza.
MONTIG. *(A los dos que le acompañan.)*
Quien de tal modo se porta,
bien merece que le quieran.
PRINC. Montigni, mañana mismo
en cuanto la noche tienda
su negro manto, de aqui
partiremos; hoy recrea
su mente el Rey en las obras
del convento, y ni aun sospecha
los planes que aquí adoptamos:
no hay que temer.
LERMA. *(Aparte.)*
Dios lo quiera!
MONTIG. Salgamos con bien de España
que es donde el temor me cerca,
y ausentes de ella una vez
la suerte, señor, es nuestra.
Entretanto recibid
de leal cariño en prenda,
el presente que os envian
de las comarcas flamencas.
(Toma de manos de uno de los que le acompañan una bandeja que tenian oculta, y se la presentan cubierta con un paño.)
PRINC. Qué es esto?
MONTIG. El rëal atributo,
de la magestad emblema.
(Descorre el paño y se deja ver una magnífica corona.)

PRINC. Una corona!... Mis ojos
deslumbrados la contemplan...
(Lerma indica á Montigni que la retire y este se dispone á obedecer.)
No la retireis! Cuan bello
es el fulgor que destella!

LERMA. Tambien es bella la luz
y la mariposa ciega
encuentra en ella la muerte.

PRINC. La muerte!...

MONTIG. Duda Su Alteza
tal vez de nuestro poder,
ó vacila al sostenerla?

PRINC. No, Montigni, yo no dudo
ni temo.

MONTIG. Dadme una prueba
ciñéndola á vuestras sienes.

PRINC. Lo haré.

LERMA. *(Aparte.)*
La ambicion le ciega.

MONTIG. Un pueblo que en vos confia,
un pueblo que en vos espera,
hoy con ella os galardona.

PRINC. Me la ceñiré.
(Al ir á llevarla á sus sienes, se abre la puerta lateral izquierda, por la que aparece Felipe II que asiéndose de la corona dice.)

REY. Detente:
que aun existe aquí la frente
que sostenga esta corona.
(Se la coloca en su cabeza.)
Mis miradas no rehuyas,
traidor, cuando asi te avienes
á robarla de mis sienes
y á colocarla en las tuyas.
Si juzgaste que esta pieza
se hallaba mal sostenida,
la erraste, que está fundida
y enclavada en mi cabeza.
Y si te juzgas feliz
siendo de ella posesor,
antes de cojer la flor,
hay que arrancar la raiz.

Veo que cuando blasonas
de rebelde, tienes fé.

PRINC. Padre!

REY. Silencio.
(Dirigiéndose á Montigni despues de una pausa.)
Oyeme,
fabricante de coronas.
Hoy me depara la suerte
la satisfaccion inmensa
de darte una recompensa:
indícamela.

MONTIG. *(Con dignidad, pero sin falta de respeto.)*
La muerte.
Tranquilo en esta ocasion
mi cuello al hacha entregára,
si vendido no dejára
á tanto noble infanzon.

REY. A tanto traidor vendido
hubieras dicho mejor.

MONTIG. Es que olvidaba, señor,
que es traidor siempre el vencido.

REY. Basta ya por vida mia.

MONTIG. Ordene Su Magestad.

REY. Para tu seguridad
voy á darte compañía.
(Toca una campana de muelles que habrá encima de la mesa, é instantáneamente se abren las puertas del fondo, y se deja ver una larga fila de guardias formados. Por la puerta lateral izquierda salen el Duque de Alba y Ruy-Gomez de Silva. Uno de los gefes se adelanta con cuatro soldados. El Rey, dirigiéndose al gefe:)
A hombres de elevada raza,
vas á dar digno hospedaje.
(Bajo al gefe.)
Hasta que hagan su viaje
les pondrás una mordaza.
(Hace el Rey una señal y los soldados se llevan á los estranjeros; la puerta del fondo permanece abierta, dejándose ver los demas guardias.)

ESCENA V.

El Rey.—El Príncipe.—Lerma.—El Duque de Alba.—Ruy-Gomez.—Guardias.

Rey. Juzgas á mi autoridad
fácil, accesible, inerme...
piensas tú que el Rey se duerme
fiado en tu lealtad?
Tu juicio es aventurado:
si tranquilo me durmiera,
ni digno de ser Rey fuera,
ni del nombre que me han dado.
Ni cómo, ni en quién confio,
si cuento á mi alrededor
á tanto y tanto traidor
y el primero el hijo mio?

Princ. Padre!

Rey. Deja que me asombre:
el ser que en vil rebeldía
mi vida afanoso espia,
no debe darme ese nombre.
Qué poderosa razon
hácia esa senda te inclina?
Si la ambicion te domina,
justifica tu ambicion.
Justificala, y si tienes
elementos de un gran Rey,
colocaré ante la ley
esta corona en tus sienes.
Muéstrame tus opiniones:
si Rey de la Flandes fueras
en este instante, qué hicieras?

Princ. Otorgar las concesiones
que piden con tanto anhelo.

Rey. Antes vea yo arrojada
y escupida y pisoteada
la corona por el suelo.
(Pretende arrojarla y se contiene.)
Para eso en aquel recinto,

asentó lleno de gloria
el laurel de la victoria
el inmortal Cárlos quinto?
Para eso con fé creciente,
á esa gloria esclavizado,
guardándola, he conquistado
el renombre de Prudente?

PRINC. Era mi afan el servir
al pueblo con alma y vida.

REY. Da al pueblo lo que te pida
y le tendrás que pedir.

PRINC. Yo vuestra prudencia acepto,
y seré...

REY. Segun mi fallo,
rebelde para vasallo,
y para monarca inepto.
Dí, conspirador de farsa,
dónde ocultas el talento,
cuando sirves de instrumento
á tan inmunda comparsa?

PRINC. Oh! Por qué me habeis tratado,
padre, tan severamente?

REY. Porque un Príncipe insolente,
es deshonra de su estado.
Porque aspiró mi ternura
á poder cambiar un dia,
en humildad tu osadia,
y en sensatez tu locura.

PRINC. Decidme: por qué arrancar
á mi amor su dulce prenda,
cuando iba á darle en ofrenda
mi mano al pié del altar?

REY. Porque iba envuelto en la instancia
del francés lazo traidor;
porque iba á hacerte el amor
esclavo vil de la Francia.

PRINC. Y por qué cuando yo audaz
quise irme á lejana tierra,
me negásteis de la guerra
el mando?

REY. Por incapaz.

PRINC. Con que ni en guerra ni amores
puedo yo...

REY. Tienes ya oficio.
PRINC. Padre!
REY. En tu falta de juicio,
alientas á los traidores.
Quieres mas?
PRINC. Sí: mi insistencia
es irme acercando al dia,
en que acabe la agonía
de mi maldita existencia.
REY. Blasfemo!
PRINC. Ya en el camino
estoy, y si ese es mi centro,
quiero salir al encuentro
de mi sangriento destino.
Me lo predijísteis vos,
y moriré, mal mi grado,
de vos y del mundo odiado,
y hasta maldito de Dios.
Acabe esta horrible vida
que defender no pretendo:
(Aparte.)
acabe, mas cometiendo
el crimen de suicida.
REY. Hijo rebelde; pavor
me causan tus espresiones;
cuáles son tus intenciones?
Responde.
PRINC. Vedlas, señor.
(Desenvaina la daga, y al levantar el brazo para herirse, el Duque de Alba se le sujeta haciéndole arrojar el arma al suelo.)
DUQUE. Sacrílego!
REY. Parricida!
PRINC. Calumnia!
REY. Silencio, fiera!
ni una palabra siquiera.
PRINC. No defenderé mi vida,
mas comprended mi intencion.
REY. *(A los guardias.)*
Llevadle.
(Se lo llevan.)
LERMA. *(Aparte.)*
Dios poderoso!

REY. *(Aparte á Silva.)*
Que se haga un escrupuloso
registro en su habitacion.
(Váse Silva.)

ESCENA VI.

EL REY.—EL DUQUE DE ALBA.—EL CONDE DE LERMA.

LERMA. *(Aparte.)*
Toda mi esperanza pierdo!
(Alto y arrojándose á los piés del Rey.)
Yo vuestra piedad invoco,
señor: Su Alteza está loco.
REY. Loco?... sí... nunca fué cuerdo.
(Volviéndose al Duque y tendiéndole la mano.)
Gracias, Duque.
(A Lerma.)
Déjame.

ESCENA VII.

EL REY.—EL DUQUE DE ALBA.

DUQUE. Puede Vuestra Majestad
fiado en mi lealtad
dormir tranquilo.
REY. Lo sé:
pero es bueno estar despierto.
Dejemos, Duque, este asunto
repugnante, y á otro punto
de mas interés...
DUQUE. No acierto...
Vuestra vida...
REY. Injusta ley
te hace fundar tu opinion:
la vida de una nacion
es antes que la de un Rey.
La Italia entera reclama
un remedio con urgencia:

para curar su dolencia
Duque, la Flandes te llama.
La fortuna siempre loca,
hoy se nos presenta amiga,
pues los hilos de la intriga
en nuestras manos coloca.
(Enseñándole el papel.)
Mira; la traicion impía
quiere en su sangriento encono,
hacer vacilar mi trono.
Ya lo ves: la rebeldía
hasta el derecho se apropia
de hacer reyes.

DUQUE. *(Queriendo tomar el papel.)*
Dadme.

REY. No.
Esto lo conservo yo:
tú, llevarás una copia.

DUQUE. Bien está, señor; y cuándo
debo partir?

REY. Cuando? Hoy:
en este instante.

DUQUE. Ya estoy
las órdenes esperando
de mi Rey, y ante él me inclino.

REY. Parte, mi buen capitan,
que mis órdenes irán
á encontrarte en el camino.
Si al cumplir tu obligacion,
no penetrases mi idea,
obedéceme aunque sea
sin comprender mi intencion.
Tú apreciarás mi sosiego...

DUQUE. Como vasallo leal,
cumpliendo el mandato real,
seré mudo, sordo, y ciego.
Dejo á mi Rey el cuidado
de ordenar y disponer;
la obediencia es el deber
primero del buen soldado.

REY. Me place que asi opinemos.

DUQUE. *(Arrodillándose.)*
Vuestra vénia y partiré.

REY. Toma mi mano.
DUQUE. *(Besándola respetuosamente.)*
Me haré
digno de vos.
REY. Lo veremos.

ESCENA VIII.

EL REY, *mirando en derredor de sí con cautelosa inquietud.*

Solo estoy; disfrute al cabo
de un instante de espansion
mi sufrido corazon,
de mi voluntad esclavo.
Ni aun á palpitar se atreve:
quién podrá decir de mí,
que encierro un volcan aquí,
volcan cubierto de nieve?
Su fuego ardiente y voraz
quema en silencio profundo;
por eso me llama el mundo
hipócrita y suspicaz.
Hipócrita! Vano intento
es quererme conocer.
No podrá nunca leer
el mundo mi pensamiento.
Si llegase á penetrar
mi intencion, desde aquel dia
para ese mundo seria
mi nombre, un nombre vulgar.
Y á quién este afan prolijo
fiaré que bien me cuadre,
cuando para herir al padre
la traicion escoje al hijo?
Sangrienta y cruel herida
hace ese recuerdo impio
en mi alma... el hijo mio
convertido en parricida!!!
Señor! desde vuestra esfera
veis su corazon menguado:

por qué si era tan malvado
permitísteis que naciera?
(*Momento de pausa en el que queda abatido.*)
Felipe! Sigue prudente
de todos desconfiando,
sus acciones espiando
con tranquilo continente.
Que cuanto aquí te ocurrió
quede en profundo secreto,
y que conozca tu objeto
solamente el Rey.
(*Váse.*)

ESCENA ULTIMA.

El Bufon, *sacando la cabeza por detrás del tapete de la mesa.*

Y yo.
Mas tanto le guardaré
y en tan tenebroso abismo,
que juro que ni aun tú mismo
conocerás que lo sé.
Vá Silva á hacer un registro
en la régia habitacion;
voy á ver si es el Bufon
mas cazador que el ministro.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Decoracion de los dos primeros actos. Es de noche: la escena está á oscuras. La Reina aparece en observacion con marcado interés, mirando hácia la puerta lateral izquierda del segundo término.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.

Dios mio! Será posible
que á condenarle se atrevan?
Olvidarán que es un Príncipe?...
Lo olvidarán... que son fieras
que tiemblan ante los tronos,
que á los reyes lisonjean,
mientras sus almas hipócritas
reyes y tronos detestan.
Pero su padre... su padre
tiene corazon de piedra:
dirá que acata la ley
y que la ley le condena.
(Pausa.)
Ruy-Gomez es quien exalta

los ánimos, y con negras
tintas se esfuerza en pintar
del crímen las consecuencias.
Ay que ante esa acusacion
tan solo uno se rebela,
y los demas, ni aun discuten!
Máquinas de carne, ineptas
para el bien, rudos idiótas,
que no alcanzan ni penetran
que en la acusacion de ese hombre
la ira y la pasion se encierra.

ESCENA II.

La Reina.—Una camarista.

Camar. Señora!
Reina. Quién vá?
Camar. Las órdenes
están cumplidas: ya espera
el capitan en la cámara.
Reina. Le han visto?
Camar. Con tal cautela
le hice penetrar, que puedo
deciros que esteis serena.
Reina. Cuando todos le persiguen
una mujer por él vela:
Príncipe desventurado,
si Dios su apoyo me presta
y mis intentos proteje,
yo salvaré tu cabeza.
Qué escucho! Se sienten pasos:
de la capilla la puerta
se abre: qué miro? Es el Rey;
huyamos que ya se acerca.
(Vánse por la puerta lateral derecha de segundo término: por la del fondo, que es la de la capilla, aparecen dos ugieres con candelabros encendidos que colocan en la mesa. Detras sale el Rey muy pensativo.)

ESCENA III.

EL REY.

Qué aterradora inquietud
á mi espíritu atormenta:
esas cuatro horas crueles
que el consejo en sesion lleva,
son cuatro siglos mortales
que aniquilan mi existencia!
Recojido en la capilla
pensaba encontrar en ella
la calma que necesito,
y es vana tal diligencia.
La oracion! Quién puede orar
cuando la mente está inquieta,
y el fuego de las pasiones
en nuestro pecho se alberga?
(Queda abismado en el sillon.)

ESCENA IV.

EL REY.—EL CARDENAL ESPINOSA.—RUY-GOMEZ, *y cinco jueces mas, que componen el tribunal.—Despues sale* VELASQUILLO, *que se queda en último término escuchando con maligno interes.)*

CARDEN. El consejo reunido
acatando como ley
la voluntad de su Rey,
llega á vos...
REY. Sea bien venido.
CARDEN. En tan ingrata mision,
viene en la seguridad
de que vuestra Magestad
justicia hará á su intencion.
REY. Si obró justo, no le asombre
cuanto vé en torno de sí,

que la ley se olvida aquí
del príncipe, y juzga al hombre.
Ahora contestadme vos:
guió á vuestros corazones
el eco de las pasiones,
ó el santo aliento de Dios?

CARDEN. En estos muros sagrados
donde la justicia impera,
quedan del dintel afuera
los pensamientos menguados.

REY. Como hombre el juez no está exento
de las flaquezas humanas.

CARDEN. Ruines miserias mundanas
aquí no tienen asiento.
Este fallo de conciencia
escudado está en la ley:
tranquilo presenta al Rey
el consejo la sentencia.
(Se hinca de rodillas, y presenta al Rey el proceso.)

REY. *(Tomándole.)*
Terrible es la precision
de penetrar este arcano.
(Dejándole caer.)
Tiembla al tocarle mi mano,
y tiembla mi corazon.
(Espinosa lo recoge del suelo y se lo vuelve á entregar.)
Pesa tanto este papel!
y tal su peso gravita,
que mis fuerzas debilita
al apoderarme de él.
(Alto.)
Tranquilos decis que estais?

CARDEN. Lo estamos.

REY. Que os premie el cielo
si fué santo vuestro celo;
si no, malditos seais.
La sentencia que traeis
será esta noche firmada;
y aprobada ó reprobada,
á recojerla vendreis
á la una.

CARDEN. Con presteza
se hará.

REY. Pues de aquí partid.
Para recogerla, id
á la prision de Su Alteza.
(Todos se retiran por el fondo, ménos el Bufon, que se entra en la cámara que habitaba el Príncipe en los dos primeros actos. Desde aquella puerta, está observando con atencion al Rey.)

ESCENA V.

EL REY.

Qué terrible parasismo
con una fuerza secreta
mi cuerpo y alma sujeta?
No me conozco á mí mismo!
Cuando una pasion me asalta
mis débiles fuerzas trunca;
pero el espíritu... nunca:
y en este instante me falta.
Instante fiero y cruel
que ya rechazar no puedo:
ea, valor: tengo miedo
de leer este papel.
Sepamos con alma fuerte
la sentencia.
(Lee.)
El tribunal
condena á Su Alteza real
á sufrir pública muerte.
(Pausa.)
Conque á morir le condena
el tribunal que he nombrado?
El crímen está probado,
pero me aterra la pena.
Yo mismo dije al consejo,
que iguales ante la ley
son el vasallo y el rey...
y sin embargo me quejo.

Este fallo es de conciencia
y de justicia, lo sé...
mas yo no autorizaré
con mi firma tal sentencia.
No lo haré: si hubo razon
para imponerle tal pena,
su padre no le condena.

VELASQ. *(Saliendo y aparte.)*
No pienso yo así.

REY. *(Viendo al Bufon.)*
Bufon!

ESCENA VI.

EL REY.—VELASQUILLO.

VELASQ. Vas á hacer un sacrificio?

REY. Huye de aquí, miserable.

VELASQ. Siempre el mismo! tan amable
cuando le hago algun servicio.

REY. Huye de aquí, ó te prometo...

VELASQ. Si te molesto, me iré
y conmigo llevaré
mi secreto.

REY. Tu secreto?

VELASQ. Nada ya, si te incomodo;
me voy, tu cólera cese.

REY. Pero qué secreto es ese?

VELASQ. Mi presencia de tal modo
te ha irritado, que en rigor...
(Finge marcharse.)

REY. *(Irritado.)*
Bufon!! qué es eso?
(Viéndole un pequeño cofrecito.)

VELASQ. Lo ignoro.
Pero debe ser tesoro
de tan inmenso valor,
segun la caja le abona,
que ó mi astucia está engañada
ó es una joya preciada,
rica como una corona.

REY. La has abierto?
VELASQ. No en verdad:
no hay llave, ni aunque la hubiera,
juzgas tú que yo tuviera
tamaña curiosidad?
Yo, como nadie, respeto
cuanto á mi Rey pertenece.
Y esto mas,... porque parece
por lo guardado un secreto.
(Mirando la caja.)
Y es magnífica esta pieza.
REY. En dónde la has encontrado?
VELASQ. Es un tesoro guardado
con misterio por Su Alteza.
REY. Por Su Alteza has dicho?
VELASQ. Sí.
REY. *(Con mal humor.)*
Quiero estar solo.
VELASQ. No insisto.
Adios, que ya por lo visto
estoy estorbando aquí.
REY. Es verdad.
VELASQ. Así lo creo,
y me voy.
(Al dejarla sobre la mesa, salta el resorte y se abre la caja.)
Calla! se abrió!
sin duda el muelle saltó!
REY. *(Apoderándose de ella con avidez.)*
Aparta! Qué es lo que veo!
VELASQ. Perlas?... Diamantes?...
REY. Bufon,
la has abierto?
VELASQ. Quién? Yo abrir?
REY. Te has librado de morir.
VELASQ. Magnífica proporcion.
REY. Déjame... déjame luego.
VELASQ. Sí... porque eres una fiera...
(Yéndose.)
(Ya está encendida la hoguera;
añadamos leña al fuego.)

ESCENA VII.

EL REY.

Son celos los que me imprimen
en el alma estos antojos?
No... que están viendo mis ojos
lo inmenso de tanto crimen.
Su retrato!... Esposa infiel!
Lo negro de su delito
tal vez aparezca escrito
en este horrible papel.
Mis sienes abrasan: vamos.
este instante me parece
que diez años me envejece...
Ea, corazon, leamos.
(Lee alto algunas líneas de la carta que en el primer acto recibió el Príncipe.)
Faltaba á mi paternal
cariño, que un crimen viera,
que mas torpe y negro hiciera
este cuadro criminal?
El genio del mal me acosa
y á vengarme me convida,
aquí del vil parricida,
allí de la infiel esposa.
Dios mio!!

ESCENA VIII.

EL REY.—LA REINA.

UGIER. Su Majestad
la Reina.
REY. Pobre hijo mio!!
Seré fiero, seré impío
viéndola.

REINA. *(Saliendo y arrojándose á las plantas del Rey.)*
Señor, piedad!
REY. Desolada venís! Alzad, señora!
REINA. Perdon!
REY. Culpable sois?
REINA. *(Alzándose con orgullo.)*
Quién, Isabela?
Culpable yo?
REY. La que perdon implora
y suplica con tono lastimoso...
REINA. Es una Reina, que el lugar de madre
está ocupando aquí: por eso viene
aunque á la real indignacion no cuadre,
con tierno ruego y con dolor prolijo,
á conmover el corazon de un padre,
y á mendigar la salvacion de un hijo.
REY. Eso es tierno, es leal, y es... amoroso;
pero si el hombre por quien ella ruega,
es un ser corrompido,
que la escala del crimen
en la fase mas vil ha recorrido,
entonces...
REINA. *(Con ternura.)*
No sigais: por bondadoso
os tengo yo, señor, y por clemente;
y aunque vuestro hijo tan culpable fuera,
vos sereis liberal y generoso:
no le condenareis.
REY. El soberano
debe acatar la ley respetuoso
si no quiere trocarse en un tirano.
Ante la ley, no hay vínculos ni clases;
lo mismo es el monarca que el villano.
REINA. Oh! me aterrais con ese ceño adusto:
vos le condenareis?
REY. O fuera injusto.
REINA. Justicia criminal que puedo apenas
concebir: olvidareis acaso
que corre vuestra sangre por sus venas?
REY. Cuando sangre viciada
en mí circula y sus estragos siento,
mi brazo al punto al sangrador presento.
REINA. Os escucho, señor, horrorizada.

Decidme por piedad, son insensibles
el juez, el Rey, el padre,
cuando no les conmueve la desgracia
ni la benigna voz oyen propicia?
El derecho mas grande y mas precioso
que tiene la corona, es hacer gracia.

REY. Y su deber primero hacer justicia.

REINA. Un padre nunca debe
ser verdugo cruel para sus hijos.

REY. Bruto á los suyos condenó á la muerte,
siendo padre amoroso entre los padres,
y heróica llama el mundo á su grandeza.

REINA. Tambien le llaman bárbaro las madres,
y mónstruo criminal naturaleza.

REY. Quien ingrato á su padre desatiende;
quien los deberes de vasallo olvida,
quien heresiarca se proclama impío,
y mi corona arrebatar pretende
convirtiéndose en fiero regicida,
no merece piedad... no es hijo mio.

REINA. Cuanto mayores sus delitos sean,
la piedad de su juez será mas grande:
bien merecen clemencia
su juventud, su irreflexivo arrojo,
su impremeditacion é inesperiencia.
Perdonadle, señor, y que dos veces
os deba su tristísima existencia:
él lavará las culpas de su vida
con lágrimas de sangre: con su acento
ensalzará vuestra piedad, dichoso;
y no habeis de alcanzar gloria mas grande,
que la que conquisteis por generoso.
La córte astuta y recelosa mira
al desgraciado Príncipe
con prevencion odiosa, y aun con ira:
no seais instrumento
de cortesanos que con ansia esperan
de la venganza el infernal momento.
Si escuchais los clamores de una esposa
á quien decís que amais; si acaso pueden
sus súplicas vencer la resistencia
del mas severo juez, al punto dadle
ese perdon con proverbial clemencia:

sed un padre benigno y perdonadle.

REY. (*Aparte.*)
(Amor la ciega, y su pasion la vende.)
Tan noble exaltacion, por mas que os cuadre,
será la admiracion del mundo entero;
pues no se hallára amor tan verdadero
en el regazo tierno de una madre.

REINA. (*Con fiereza.*)
No hay sentimiento en la mundana esfera
que esa coraza de marfil taladre,
porque los odios los teneis de fiera,
sin abrigar un corazon de padre.

REY. Reconvencion en el impuro lábio
que ostenta su baldon con impudencia,
es el mas fiero y criminal agravio
que no usaria corazon viviente,
á no ser de mujer.

REINA. (*Con desprecio.*)
Oh! la inocencia
ante la voz de la calumnia impia
jamás cobarde doblegó su frente,
por eso la alzo yo con valentia.

REY. Debiéndola humillar ante tu esposo:
Princesa de la Francia! Quién diria
que detras de ese rostro candoroso
tan pérfida ficcion se esconderia!

REINA. Infame acusacion! Madre adorada!
Ay! Si supieras el rencor profundo
con que este impio sin cesar me abate,
tratándome cual prenda conquistada
entre el botin de singular combate;
tú, madre mia, mi dolor sintieras
y como yo mi enlace maldijeras.

REY. Oh! Catalina Médicis lo haria
aunque á ese puro corazon no cuadre,
que al fin, en Isabel encontraria
una hija digna de tan digna madre.

REINA. Tanto sarcasmo mi pureza ofende,
pero no dobla el corazon altivo
de Isabel de Valois.

REY. Si ella pretende
calmar con su ficcion justos enojos,
sepa que el rostro á su pesar la vende,

y del impuro fuego en que se enciende
la llama criminal brota en sus ojos.

REINA. Yo desprecio la voz que asi me infama;
digno es de vos tan criminal agravio!
quien mancha aleve la brillante fama
de una reina...una esposa...y una dama,
no espere la defensa de su lábio.

REY. Y si las pruebas que podré mostraros
diciendo están la fementida mengua
de la mujer infiel...

REINA. *(Con enérgica resolucion.)*
Sellad la lengua:
ni quiero defenderme, ni escucharos.
(Se retira.)

ESCENA ULTIMA.

EL REY.

Quién tal injuria consiente?
Osan hasta mi altivez?
Oh! cortaré de una vez
la cabeza á la serpiente.
Humillaré la cerviz
despues de estar ofendido?
Jamás: al árbol podrido
se le arranca de raiz.
Y no seré juez severo
procediendo de esta suerte:
debo de aprobar su muerte
con un fallo justiciero.
(*Toma la pluma para firmar.*)
Justicia! Vana esperanza!
Oh! la voz de la malicia,
en vez de gritar justicia,
solo gritará «venganza.»
Siendo el hijo el criminal,
corazon, qué me aconsejas?
Que sacrifique mis quejas
al cariño paternal.

A la justicia y la ley
con mi conciencia avasallo.
Tribunal!!! Este es el fallo
que dan el padre y el Rey.
(Rompe el proceso y arroja al suelo los pedazos. Velasquillo que ha estado en observacion, desaparece por el fondo, haciendo un gesto de horrible indignacion. El Rey se entra en su cámara.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cámara que sirve de prision al Príncipe, adornada con mayor lujo que la habitacion del Rey: puerta al fondo, la cual permanece constantemente cerrada. Una cama con colgaduras. Es de noche. A la izquierda del espectador un balcon practicable, á la derecha una puerta secreta en primer término: candelabros encendidos en una mesa.

ESCENA PRIMERA.

El Príncipe.—El Conde de Lerma.

Princ. Parte, Lerma, y no suspires:
tendré acaso que ser yo
quien te consuele en tus penas
olvidando mi dolor?
Lerma. Estas penas no son mias;
si mias fueran, á Dios
me volviera en este instante
agradeciendo el favor:
qué es mi vida, ni qué vale?
Princ. Mas que la mia.
Lerma. Eso no:
Príncipe de regia estirpe,
de bizarro corazon...

PRINC. De parricida acusado,
juzgado como traidor,
mi nombre será en la historia
un repugnante borron;
y mejor quiero morir...
LERMA. Morir!
PRINC. A qué ese temor?
La muerte, no es el descanso
donde la torpe pasion
no conmueve nuestro pecho
porque en la tumba no hay voz?
Para apreciar esta vida,
qué dejo en el mundo yo?
A tí, buen Lerma, buen padre.
LERMA. Me partís el corazon.
PRINC. Sé que la muerte me espera,
sé que el consejo, feroz,
contra mí habrá pronunciado
fallo de condenacion.
LERMA. Por qué ante él no os presentasteis
cuando ante él os convocó?
PRINC. Presentarme como un reo
de villana condicion,
y admitir á esos verdugos
por mis jueces?... Eso no.
Para sentenciar á un Príncipe,
sangre del Emperador,
solo un tribunal de reyes
puede ser el juzgador.
Condénenme si les place,
pero un príncipe español
antes recibe mil muertes
que admitir la humillacion.
LERMA. Lástima que esos arranques
lleguen á estinguirse en flor.
PRINC. Parte, Lerma, y dí á mi padre
que en la estrema situacion
en que me encuentro, le pido
el postrimero favor:
dile que no invoco al Rey
si mi muerte pronunció;
que es el hijo, es el cristiano
quien le demanda perdon:

que me conceda el consuelo
de darle el último adios.
Parte, Lerma, y no vaciles:
ea, un abrazo y valor.
(Se abrazan.)

LERMA. *(Saliendo.)*
No sé por qué en mi garganta
muere trémula mi voz.

ESCENA II.

EL PRÍNCIPE.

Ay triste del que ageno
á la ventura humana,
con ánimo sereno
la muerte quiere hallar:
y aislado y desvalido
en edad bien temprana,
no escucha ni un gemido
que alivie su pesar!
Infante desgraciado,
desventurado amante,
destino bien menguado
te presidió al nacer:
ni un dia de ventura,
de amor solo un instante...
amor!... Torpe impostura
que envenenó tu ser.
Mentidas ilusiones
tan solo el hombre alcanza:
lo bello en las acciones
no ha existido jamás:
no hay fé, ni amor, ni gloria,
ni dicha, ni esperanza;
la vida es una historia
de crímenes no mas.
Si el porvenir sombrio
de todo me ha privado,
en el sepulcro frio
calmaré mi dolor:

ni amigos ni parientes
su compasion me han dado;
y aun tengo aquí presentes
(*Señalando al corazon.*)
recuerdos de mi amor.

ESCENA III.

El Príncipe.—La Reina.

(*Se abre una puerta secreta, y aparece la Reina vestida de negro y cubierto el rostro con un velo.*)

Princ. (*Oyendo el ruido que hace la puerta al abrirse.*)
Qué veo! Aquí una puerta! una enlutada!
Reina. Que llega audaz en el misterio á hablaros.
Princ. Quién sois? Qué me quereis, desventurada?
La muerte habita aquí.
Reina. Vengo á salvaros.
Miradme.
(*Descubriéndose.*)
Princ. (*Entusiasmado.*)
La princesa!
(*Con abatimiento.*)
No, la Reina!
Reina. (*Con agitacion.*)
La mujer infeliz, que no pudiendo
como reina mandar, espía y vela,
envuelta entre las sombras, cometiendo
crímen de rebelion.
Princ. Pobre Isabela!
Reina. (*Con agitacion.*)
Os esperan ginetes y caballos
para partir sin aguardar al dia:
á la una mudarán los centinelas
y ocuparán sus puestos los vasallos
que el capitan á nuestro objeto fia:
vos obedecereis, pues la tardanza
perder en tal conflicto nos haria
la postrimera luz de la esperanza.
Princ. Y á qué esa compasion, á qué, señora?
Quien cariño ni amor aquí ha encontrado,

por qué aceptar la proteccion ahora,
proteccion que se otorga á un desgraciado?
No es mi pecho un contínuo sufrimiento
donde los ódios y el amor batallan
revueltos en confuso movimiento?

REINA. Otros sufren tambien aunque lo callan:
aprended á sufrir con noble aliento.

PRINC. Acaso vos...

REINA. El mundo que habitamos
es lugar de tormentos, y la vida,
cadena de dolores estendida
por el camino que cruzando vamos.
Quién no padece aquí? La mente loca
placeres pinta que avarienta prueba,
y en cuanto leve realidad los toca,
son humos nada mas que el viento lleva.
Ay de aquel que padece y sufre y calla
y la amargura del dolor reprime;
que si su pobre corazon no estalla
es porque humilde en el silencio gime!

PRINC. Vos padeceis, señora: quién condena
vuestro angélico espíritu á tortura?
Qué valen mis tormentos ni tristura
si amarga vuestra vida alguna pena?
Decidme por piedad, decid, os ruego,
lo que aflije vuestra alma dolorida,
para sufrir con vos.

REINA. Templad el fuego:
mis penas son recuerdos de mi vida.

PRINC. Recuerdos?

REINA. Sí: por ellos desvarío:
el verde lírio que en los campos crece
con magestuosa pompa y atavío,
cuando le falta el matinal rocío,
siente y se abate y á la fin perece.
Así sucede á mi doliente pecho:
le falta el aire que meció mi cuna
y la voz maternal junto á mi lecho:
hallo mas triste el disco de la luna
y este recinto me parece estrecho.

PRINC. Galana flor en un pensil nacida,
esperanza risueña de un imperio,
por la flor mas preciada la escogida,

y por estraña mano conducida
al sombrío vergel de un cementerio.

REINA. No prosigais, la salvacion importa.

PRINC. Y quién, señora, tan pesada carga
en el destierro con placer soporta?
Ved que es mi vida de ilusion muy corta.

REINA. Aun puede ser en esperanzas larga.

PRINC. Abandonadme á mi propicia suerte
puesto que hoy placentera me convida:
dejándome morir me dais la vida
dejándome vivir me dais la muerte.

REINA. Oh, yo os quisiera á mis preceptos mudo
y obediente guardian de la honra mia.

PRINC. Y lo seré.

REINA. Quién sabe si algun dia
sereis mi noble y generoso escudo?

PRINC. Pluguiera á Dios que sí.

REINA. Vana esperanza,
rechazando la fuga que os ofrezco.

PRINC. Si del destino tal bondad merezco,
mi muerto corazon fiero se lanza
á cuanto vos mandeis: os obedezco.

REINA. Gracias! Llegan: adios: hasta la una.
Estad pronto á partir.

PRINC. Oh! no resisto.

REINA. El cielo á mi proyecto dé fortuna.

PRINC. *(Besándole la mano.)*
Qué mas fortuna ya, que haberos visto?

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE.—VELASQUILLO.

PRINC. Felicidad de un instante,
si no te has de realizar
por qué vuelves á alumbrar
mi fé perdida?

VELASQ. *(Abriendo la puerta. Aparte.)*
Adelante.

PRINC. (*Viéndole.*)
Bufon!!
(*Aparte.*)
(Mi sueño de amores
ante él se ha desvanecido.)
VELASQ. (*Adelantándose.*)
Príncipe!
PRINC. (*Aparte.*)
Estaba escondido
el aspid entre las flores.
(*Alto.*)
Vienes tal vez mi agonía
á saborear?
VELASQ. Una nueva
vengo á daros y una prueba...
PRINC. Como tuya?
VELASQ. Como mia.
A muerte os ha condenado
hoy el consejo: y el Rey
siendo esclavo de la ley,
la sentencia ha confirmado.
PRINC. Lo esperaba y no me asombra
oir de tal mensagero
tal nueva.
VELASQ. Estais altanero,
cuando la muerte se nombra.
PRINC. Bufon, tu mente no alcanza
á ver la divina esencia
del valor de la conciencia?
VELASQ. Diviso el de la esperanza.
PRINC. Cómo!
VELASQ. Esperanza importuna!
No hay modo, forma ni suerte
de libraros de la muerte...
Viene el consejo á la una.
PRINC. A la una?
VELASQ. Inútil afan
os agita.
PRINC. Con que es cierto?
VELASQ. Todo está ya descubierto:
se halla preso el capitan,
cercadas las avenidas,
cambiados los centinelas

y con sagaces cautelas
tomadas otras medidas.
Por un traidor...

PRINC. Esto mas?
Que vengan.

VELASQ. El tiempo avanza...

PRINC. Podrán matar mi esperanza,
pero mi valor jamás.
Y si mi estrella con falso
y siniestro resplandor,
dando sombras á mi honor
refleja sobre un cadalso,
aun me sobra corazon...

VELASQ. Sí... pero en trance tan fuerte,
gozan mas que en vuestra muerte
en vuestra degradacion.

PRINC. Respetarán los sayones
la grandeza de mi cuna.

VELASQ. Apurareis una á una
todas las humillaciones.
Pues traerán al parricida,
de su gozo en el estremo,
la mordaza del blasfemo
y la hopa del regicida.

PRINC. Oh!

VELASQ. Y el vulgo gozará
y en solemne procesion,
con mofa, con irrision
al cadalso os seguirá.
Y con impiedad aleve,
en vuestros reales despojos,
se irán á gozar los ojos
de la mas abyecta plebe.

PRINC. Calla!... calla!

VELASQ. Y Espinosa,
y Ruy-Gomez y su córte,
ébrios de loco transporte
estarán.

PRINC. Muerte afrentosa!

VELASQ. Temblais ya?

PRINC. No me amedrenta
la realidad del morir:
pero no quiero sufrir

el suplicio de la afrenta.
No quiero en mi dignidad
sucumbir como un bandido
y ver á un pueblo querido
manchando su lealtad.
A ese pueblo que las leyes
guardó con robusta mano:
cuándo el pueblo castellano
llevó al cadalso á sus reyes?
Mas no es el pueblo, es la córte,
esa córte maldecida,
que hace de mi pobre vida
objeto de su transporte.
(*Dirigiéndose al Bufon, como poseido de un pensamiento siniestro.*)
Ya que es morir mi destino:
ya que con gozo infernal,
siempre cual genio del mal
te lanzas en mi camino:
no tienes una malvada
idea de destruccion,
con que burlar la intencion
de esa córte depravada?

VELASQ. Tengo una, pero es sombria!
(*Sacando un frasquito que le enseña.*)

PRINC. Qué es eso?

VELASQ. Lo que os guardaba
Silva, por si os perdonaba
el Rey.

PRINC. Acaso seria
un veneno?

VELASQ. Voraz!

PRINC. Si?
Dámelo y este rencor
que te tengo...

VELASQ. (*Con decision.*)
Tal favor
no espereis nunca de mi.

PRINC. Qué dices?

VELASQ. Que esa asechanza
no la admite mi maldad:
renunciar yo por bondad
la mitad de mi venganza?

PRINC. Bufon!
VELASQ. *(Haciendo ademan de arrojarlo por el balcon.)*
Jamás!
PRINC. Oh qué intenta!
VELASQ. *(Levantando la mano para tirarlo.)*
Así mi error se repara.
PRINC. *(Sujetándole el brazo y apoderándose del frasquito.)*
VELASQ. *(Con despego.)*
Venció!
PRINC. Tu maldad me ampara,
y Dios te la tendrá en cuenta.
Dios mio! Perdóname:
no tengo á la muerte miedo,
mas con la afrenta no puedo.
(Da el reloj la una.)
VELASQ. La una!
PRINC. Perdon!!
(Bebe el veneno.)
VELASQ. (Me vengué.)
PRINC. Hazme ahora el favor postrero,
y te perdono.
VELASQ. Mandad.
PRINC. Busca á Lerma por piedad
y díle que yo le espero.
VELASQ. Vendrá.
PRINC. Que venga á mi lado.
VELASQ. *(Aparte y marchándose.)*
Por lo que me importa á mi,
yo haré que nadie entre aquí
hasta que no haya espirado.

ESCENA V.

Los mismos.—EL REY.

VELASQ. *(Al abrir la puerta, aparece el Rey y el Bufon retrocede horrorizado.)*
El Rey!!
PRINC. Mi padre!

REY. Qué es esto?
Qué turbacion!
VELASQ. Nada... fué
la sorpresa...
(Se va retirando.)
REY. Dónde vas?
VELASQ. Por no estorbar...
REY. Manda el Rey
que te quedes.
VELASQ. *(Queda como anonadado en último término.)*
(Soy perdido!)
(El Rey se adelanta y el Príncipe se arroja á sus piés.)
PRINC. Padre y señor!
REY. Álzate,
y que halle entrada en tu pecho
la recta voz del deber.
PRINC. La hallará, porque os escucho
en momento bien cruel,
y la desgracia, señor,
es consejera del bien.
REY. Que el cielo guie tus pasos
en adelante: óyeme.
Hijo, faltastes al padre;
vasallo, ofendiste al Rey;
cristiano, has escarnecido
tu religion y tu fé.
Para tí no ha habido lazos,
dique, ni valla ni red,
que en tu loco desenfreno
no hayan hollado tus piés.
Yo olvidando mis deberes,
escarneciendo la ley,
obedeciendo al instinto
de padre, acabo de ser
injusto para salvarte.
PRINC. Para salvarme!!
REY. Oye bien.
Libre estás: parte de España,
que acaso el cielo te dé
bondad para arrepentirte
y ejemplos donde aprender.
PRINC. Con que estoy libre?

REY. Sí, parte:
y si hallan alguna vez
digna cabida en tu pecho
la justicia y el deber,
te abrirá el padre sus brazos,
te entregará un cetro el Rey.

PRINC. Libertad... grandeza... gloria...
todo me sobra!

REY. No sé
qué significa...

PRINC. *(Con desesperacion.)*
Qué importa
que aquí dentro sienta arder
el fuego de los deseos,
y amontonarse en tropel
las esperanzas de gloria,
los sueños de mi niñez?
Qué importa que en lontananza
vea postrada á los piés
de Cárlos Quinto la Europa,
el globo... y luego un dosel
que sobre el mundo se eleva
espléndido, si no es
para mí mas que un deseo
punzante... horrible... cruel?...
Ya es tarde, padre, ya es tarde!

REY. Tarde!

PRINC. *(Al Bufon.)*
Mónstruo, mírame
y goza en tu obra.

VELASQ. *(Aparte.)*
(¡Soy muerto!)

REY. Príncipe!

PRINC. Ya inútil es
vuestra bondad: un veneno
destroza todo mi sér.

REY. Un veneno!!

VELASQ. *(Aparte.)*
(Dáme fuerzas
en mi situacion, Luzbel!)

REY. Y ese mónstruo...
(El Príncipe lo afirma.)

VELASQ. *(Con desesperacion y fiereza.)*

Sí; yo he sido.

REY. En tu cuerpo voy á hacer
que se ensayen los tormentos
mas atroces...

VELASQ. *(Corriendo al balcon.)*
Moriré:
pero contento y vengado.

REY. Miserable!

VELASQ. Escucha bien,
escucha, altivo Felipe,
lo que te hará estremecer,
á tí que impasible miras
las huellas del mal y el bien.
Por ódio...

REY. Calla, malvado!

PRINC. Padre, no me abandoneis.
(El Príncipe vá gradualmente demostrando los efectos del veneno: el Rey le prodiga sus cuidados.)

VELASQ. Mato al Príncipe y su muerte
ante la Europa va á ser
el testimonio de un crimen
de parricidio: mi sed
está saciada; en tu pecho
he derramado la hiel
de los celos... has dudado
impío, de tu mujer...

PRINC. Horrible profanacion!
Quién deshonra de Isabel
el nombre puro?

VELASQ. Tu padre.

PRINC. *(Demostrando cada vez mas los efectos del envenenamiento.)*
Padre mio!

VELASQ. Acórrele.

PRINC. Yo muero.

VELASQ. Morimos juntos.

REY. Cárlos! Cárlos!
(El Rey coloca al Príncipe en el sillon que está inmediato á la cama.)

VELASQ. A mis piés
está la muerte.

REY. Malvado!

VELASQ. Me burlo de tu poder,
poder impotente ahora
para el mal y para el bien.
REY. Oh miserable!
VELASQ. El infierno
me aguarda.
(Se arroja del balcon.)
REY. *(Llegando al balcon.)*
Confúndate.
PRINC. Padre!
REY. *(Llamando.)*
Guardias.
PRINC. No llameis:
ya es inútil... mi cabeza
se desvanece... mi sien
se abrasa... adios, padre mio...
perdonadme y no olvideis
á mi único amigo, á Lerma,
vuestro vasallo mas fiel.
La Reina es pura... inocente:
lo dice el que á aparecer
vá ante el trono del Señor.
REY. Entonces este papel
y este retrato...
(Le enseña la carta y el retrato que le presentó el Bufon en el acto cuarto.)
PRINC. (*Mirándolos.*)
Son suyos,
suyos: porque un tiempo fué
princesa de Francia... y libre...
y entonces me amó...
REY. Era fiel!
(En qué situacion la venda
cae ante mí!)
PRINC. No dudeis,
y hacedla feliz... ya muero...
tran... quilo... Pobre... I... sa... bel!!
(Espira.)

ESCENA VI.

EL REY.

Muerto! Hijo mio! Que el cielo
tenga compasion del Rey.
Dios que mira mi conciencia
sabe cómo procedí:
mas cómo pruebo yo aquí
mi dolor y mi inocencia?
(Llaman á la puerta del fondo.)

CARDEN. Señor.

ESCENA ULTIMA.

EL REY.—RUY-GOMEZ.—EL CARDENAL *y los demas individuos del consejo.—Despues* LERMA.

(El Rey descompuesto y bajo el peso de una horrible impresion abre la puerta.)

REY. Qué es esto? Quién viene?
Si el tribunal tiene priesa
por despedazar su presa,
entre pues, que aquí la tiene.
(Señala el cadáver del Príncipe.)
(Todos permanecen horrorizados. El Conde de Lerma entra, se arroja sobre el Príncipe, le toma sus manos, su cabeza con entrañable interés.)

CARDEN. Señor!!

LERMA. Sus manos heladas!!

REY. *(Al Cardenal.)*
Callad, os conozco bien.

LERMA. *(Al Rey en tono de humilde reconvencion.)*
Señor!!!

REY. Lerma, tú tambien

me acusas con tus miradas?
Cuando como padre obrando,
de que era juez me olvidé,
vine á salvarle y le hallé
con faz tranquila, espirando.

LERMA. Y quién, señor, se atrevió
á cometer tal esceso?
Qué monstruo ha podido...

REY. Eso
lo sabemos Dios y yo.

LERMA. *(Dirigiéndose al cadáver del Príncipe con profundo dolor.)*
Terrible fué para tí
este miserable suelo:
Dios te conceda en el cielo
lo que no alcanzaste aquí.
(Dirigiéndose á los del consejo con la energía del sentimiento y la desesperacion.)
Oid, los que perseguido
le habeis con ódio enconado;
ni era un corazon malvado,
(Al Rey con respeto y dolor.)
ni vos le habeis comprendido.

REY. Tú, Lerma, justicia harás
á mi paternal cariño:
he llorado como un niño
para no llorar jamás.
Enjutos quedan mis ojos:
desde este fatal instante,
no habrá mas en mi semblante
que indiferencia ó enojos.
Seré austero cual la ley,
sombrío como su nombre,
porque hoy en mí muere el hombre
y queda tan solo el Rey.
(Dirigiéndose al consejo.)
De rodillas, ante el yerto
tronco de un Príncipe altivo;
(Todos se arrodillan ante el Príncipe.)
ya que no le amásteis vivo,
rendidle homenaje muerto.
Y temblad; que ante el profundo
dolor que mi alma devora,

ay del que se tuerza! Ahora,
(Con arranque despótico.)
paso á Felipe Segundo.
(El Rey cruza por medio de los del Consejo, que le abren paso, y se retira por la puerta secreta.)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 16 de Marzo de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLE

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 23—Precio: 2 reale

(Contiene los pliegos 67 á 69)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23